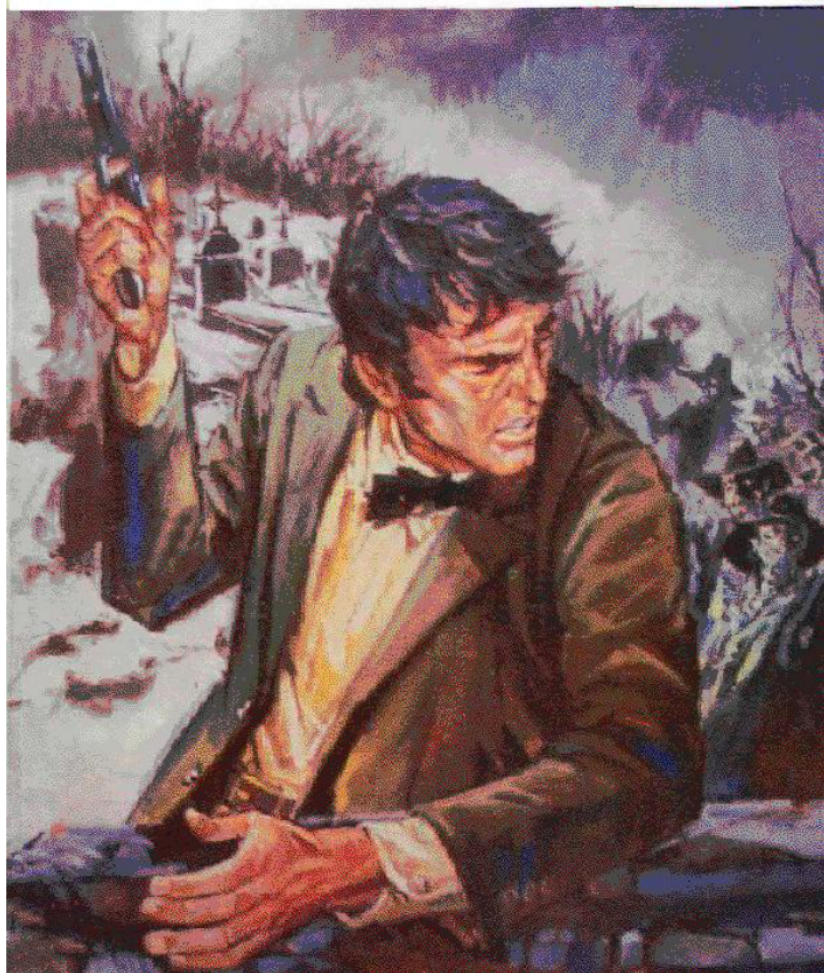


BOULEVARD BRILLANT
PUNTO
ROJO

cita con el horror

alar benet



COLECCION

PUNTO ROJO



ALAR BENET

CITA CON EL HORROR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 751
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 30.857 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1976

© Alar Benet 1976

texto

© Miguel García, 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

935 — El rancho Doble W.

En Colección COLORADO:

516 — Como una roca.

En Colección BRAVO OESTE:

409 — Solo frente a todos.

En Colección CALIFORNIA:

544 — La ley del pasado.

En Colección KANSAS:

578 — Los apaches son la ley.

En Colección SERVICIO SECRETO:

974 — Lucha sin piedad.

En Colección BUFALO:

737 — Pierre, el cobarde.

En Colección PUNTO ROJO:

195 — Locura homicida.

En Colección SALVAJE TEXAS:

601 — La fiebre maldita.

En Colección ASES DEL OESTE:

448 — Tierra inhóspita.

CAPÍTULO PRIMERO

10 de diciembre...

En una sucursal bancaria próxima al muelle 32...

Se hizo el silencio. Un silencio denso. De muerte.

—Esto es un atraco. ¡Que nadie haga tonterías! Preferimos llevarnos el dinero sin derramar sangre; pero no nos importará liquidar al imbécil que pretenda presumir de héroe.

Las palabras sonaron secas, tajantes, estremecedoras.

El cajero palideció. Una automática, de cañón muy largo, le apuntaba al corazón.

Detrás del arma había un rostro tapado por una media, en la que su propietario hizo tres agujeros: para los ojos y para la boca.

¡Los ojos! Duros como el diamante. Sin piedad.

«Ojos de perro rabioso —pensó el cajero, acobardado—. El diablo debe de mirar así».

Tragó saliva.

Sus ágiles dedos, que contaban un grueso fajo de billetes, se habían inmovilizado.

Miró en derredor.

Tres individuos más, todos con los rostros cubiertos, amenazaban a cuántos trabajaban en la entidad bancaria. Un cuarto se hallaba junto a la puerta.

Armados de pistolas, también de largos cañones. ¡Vigilantes como fieras!

Salvo los funcionarios, el Banco estaba vacío. Faltaban aún quince minutos para que se permitiera el acceso al público. Las oficinas se abrían siempre media hora antes, a fin de prepararlo todo, sacar el dinero de la caja, hacer las comprobaciones necesarias y anotar y puntear las primeras operaciones de régimen interior.

Entre las ocho y las ocho y media, la puerta de acceso quedaba

entornada para los rezagados, hecho poco frecuente, y también para aquellos recaderos que llevaban, a primera hora, los gruesos sobres con las remesas de efectos negociables o los veteranos clientes que deseaban resolver alguna diferencia o hacer consultas antes de que las ventanillas se poblaran de público, y sólo fuera posible atender lo inmediato.

Una vieja costumbre que iban a lamentar en un futuro.

—¡Llene esos sacos de billetes! ¡Rápido! ¡Le va la piel en ello!

La mano izquierda del atracador se movió con rapidez para dejar un pequeño paquete sobre el mostrador.

El cajero lo tomó, con pulso trémulo. Eran tres bolsas de plástico oscuro, cuidadosamente dobladas.

—Sé que hay doscientos mil dólares dispuestos para ser entregados a los pagadores de dos empresas. Vendrán, como siempre, como todos los viernes, entre las nueve y las nueve y cuarto. ¡Para usted han llegado ya! Iré contando los fajos de billetes... ¡Empiece de una maldita vez!

El empleado se estremeció.

En el suelo, protegida por una leve rejilla metálica, había una palanca. Sólo necesitaba pisar con fuerza para que la alarma se produjera. Un acto de valor y...

¡Aquellos ojos, de pupilas inmóviles, de demoníaca expresión, eran implacables!

—¡Más deprisa!

Sí. Le matarían apenas hiciera un movimiento extraño, apenas sonara la alarma.

Se notó, de pronto, inundado en sudor, mientras aceleraba el ritmo del llenado de la primera de las bolsas.

—¡Déjela sobre el mostrador, a su derecha, y continúe! ¡Tiene dos minutos para acabar! ¡Ni un segundo más!

«¿Qué será de mi mujer y de mis hijos si me acribillan a balazos? Más vale un hombre vivo que un héroe muerto».

Era un hombre maduro, responsable. La vida le enseñó a ser realista.

Los primeros meses, estaba seguro de ello, todos serían homenajes y recuerdos para el que murió como un valiente, defendiendo los intereses que le fueron confiados... Después, la exigua pensión, el olvido y la escasez para los suyos.

No faltarían, incluso, quienes criticaran su gesto, considerándolo absurdo y suicida.

«A los Bancos les sobra dinero. Todo el oro del mundo no vale lo que la vida de un padre de familia».

El segundo saco ya estaba lleno, junto al anterior.

¡Y los ojos de perro rabioso continuaban vigilándole, atentos, al acecho!

Todos los empleados permanecían en los lugares donde les sorprendiera el asalto, bajo la amenaza de las armas de fuego. Ninguno se movía. Ni siquiera pestañeaban.

Había algo extraño en los asaltantes: la atenta vigilancia.

El cajero se dijo que él no debía ser una excepción. ¡Que se llevaran lo que quisieran! Además, ¿le quedaba otro remedio que someterse, como todos los demás?

Mediado el tercer saco de plástico, deliberadamente, en un instintivo gesto de rebeldía, sus manos parecieron entumecerse, y los fajos de billetes a caer despacio.

El cañón de la pistola se aproximó más al cajero mientras los ojos, ¡aquellos terribles ojos!, brillaron peligrosamente.

—¡Vamos, gusano! ¡No te entretengas o lleno el suelo de basura!

Los insultos endurecieron el hasta entonces asustado rostro del cajero.

—¡No soy un gusano! ¡Tú sí que lo eres, miserable atracador! Me gano la vida con honradez y esfuerzo, como los hombres...

La pistola rozó casi la frente del que hablaba.

—¡Cierra el pico, idiota, y acaba ya!

Un ramalazo de orgullo sacudió al hombre hasta lo más hondo de su ser. Aquella carroña no debía vivir.

La puntera del zapato cayó con fuerza sobre la débil rejilla que protegía de un roce accidental el timbre de alarma, mientras disimulaba su movimiento inclinándose para tomar unos nuevos fajos de billetes situados en una tarima inferior.

El sonido del timbre no se produjo.

Insistió de nuevo, sin resultado.

—No te esfuerces, imbécil. La alarma no funciona. ¡Vas a acordarte por vida de lo que acabas de hacer! Tal vez te perdone si acabas en quince segundos.

Vencido, el cajero hizo lo que se le sugería y la mano izquierda

del forajido tomó las tres bolsas de plástico, por unos soportes en forma de asa de la parte superior.

—¡Ven con nosotros, valiente! ¡Te llevaremos de rehén! ¡Vamos! Sal de ahí. ¡Los héroes no tiemblan como las mujerzuelas! ¡Y tú eres un héroe, el único con agallas para atreverse a pisar la alarma! ¡Tienes un segundo!

El hombre, convencido de lo absurdo de resistirse, anduvo detrás del mostrador para, alzando una trampilla, salir a la zona destinada al público.

—¡Así me gusta! ¡Bueno, obediente y resignado! ¡Larguémonos!

Los atracadores y el cajero se concentraron en la puerta para, después, rápidamente, abandonar el Banco.

Hubo unos segundos de silencio, de alivio.

Una de las mecanógrafas comenzó a gritar, incapaz de dominar sus nervios.

Varios hombres corrieron a los timbres de alarma, sin resultado.

—¡Usad el teléfono! —exclamó alguien.

Uno de los apoderados descolgó el auricular; pero cuando la Metropolitana quiso intervenir, los atracadores estaban ya muy lejos...

Al día siguiente...

Miembros de la Metropolitana, acompañados de dos hombres silenciosos, de pétreos rostros, penetraron en una de las garitas donde se acostumbraban a guardar los útiles de limpieza.

Se había recibido en el distrito una llamada telefónica del director del *New York Herald*. El director, excitado, dijo al sargento de guardia:

—¡Tengo un mensaje de los atracadores del Banco! Me lo han enviado para que lo publique.

—Espere. Le pondré con el capitán Salter.

El jefe del distrito se hizo leer el texto, sin dar crédito a lo que oía:

«Busquen en la choza de limpieza número 3, la más próxima al estanque. Allí encontrarán algo que no esperan. Vamos a continuar con los atracos. Quienes obedezcan nuestras órdenes, conservarán la vida. ¡Todos menos uno! Si alguien se resiste o intenta algo

para que se nos capture, será tratado de la misma forma que el cajero. Esto no es sino el principio, una débil muestra de lo que somos capaces de hacer con quienes no se sometan dócilmente».

El capitán James Salter, que había conectado el amplificador para que todos pudieran escuchar el extraño mensaje, agradeció al periodista la llamada, rogándole que fuera a verle una hora después para darle información y estudiar juntos la conveniencia de publicar o silenciar lo que acababa de comunicársele.

—No, capitán. Ya está en máquina y he enviado a mi mejor reportero al Central Park.

Salter fue a decir algo, pero el «clic» del teléfono le convenció de lo inútil de su propósito.

Miró a los tres hombres que, desde el modesto tresillo del despacho, le contemplaban en silencio.

—Ya oyeron... Teniente, disponga dos coches para salir en el acto. Espérenos abajo.

John Mitchun obedeció con rapidez.

El comisario Vincent Lubbok y el agente Hodgkin Trintignant, del FBI, se pusieron en pie.

—Parece algo más complicado de lo que pensamos. ¡Y anuncian nuevos delitos! —dijo el comisario federal—. No es normal ese mensaje. Vamos, capitán.

Ya en el coche policial, Lubbok habló de nuevo:

—Para ganar tiempo, tal vez convendría llamar al juez y al forense. Encontraremos el cadáver del cajero.

John Mitchun, que iba al volante, se anticipó a una posible respuesta del capitán Salter:

—Ya lo hice. Irán inmediatamente.

Estaban allí, inmóviles, dentro de la garita de la limpieza, contemplando algo inaudito, que les helaba la sangre de horror.

En el suelo había...

No. Aquello no era el cadáver de un hombre, algo a lo que todos estaban habituados.

Se trataba de un mentón de miembros... sanguinolentos... Sólo el tronco, sin cabeza, estaba entero, convertido en un amasijo, en algo alucinante. No había un centímetro cuadrado de la piel que no presentara una herida de arma blanca o el color oscuro del fuego.

La cabeza estaba colgada de un garfio de hierro, en la pared. Las cuencas de los ojos, vacías. Los labios, machacados salvajemente...

Las piernas, seccionadas por las ingles, estaban colocadas formando ángulo recto, y los brazos, también amputados, sobre el bajo vientre...

—¡Dios mío! —masculló alguien detrás de los federales, en primera línea.

Oyeron claramente las arcadas. Un hombre vomitaba.

No era para menos.

Vincent Lubbok y Hodgkin Trintignant se miraron.

—¡Malditos carniceros! —dijo el comisario federal.

—¡Es inconcebible tanto sadismo! —Fue la respuesta.

Un fogonazo les hizo volverse a tiempo de ver cómo un reportero fotografiaba los despojos.

—¡Eso no debe publicarse! —gritó el capitán.

—No es mi problema, sino suyo y de mi director —repuso el periodista—. Cumpló con lo que se me ordena. ¡No toque la máquina o le organizaré el escándalo más grande que se recuerde en toda la prensa del país!

La diestra de James Salter se inmovilizó en el aire. El que le amenazaba no lo hacía en balde. Era uno de los más famosos reporteros de la ciudad, con un gran prestigio profesional y buenas relaciones políticas.

—¿Tiene estómago para retratar eso?

Señaló la pulpa sangrante.

—Tanto como usted para verlo, capitán.

Hizo nuevas fotografías desde otros ángulos.

Hodgkin Trintignant empezó a moverse hacia el periodista, pero Vincent Lubbok le sujetó por el brazo.

—¡Quieto! Aunque no nos guste, ese hombre hace su trabajo.

—Gracias, comisario. Colaboraré con usted, como siempre, en la medida de lo posible. ¿Tiene interés en algo particular?

—Sí. Publique la fotografía en primera plana, al mayor tamaño posible, que se aprecien bien todos los detalles, y diga que es mejor caer atravesado de un balazo en lucha con los atracadores que terminar bárbaramente torturado. Destaque uno de los párrafos del mensaje recibido, el que se refiere a que quienes obedezcan las órdenes de los asesinos conservarán la vida... menos uno... Ya sabe

lo que pretendo.

El periodista asintió con el gesto y la palabra:

—Sí, comisario. Convertir en héroes muertos a los que sean víctimas de un nuevo asalto. ¡No estoy seguro de que eso sea lo correcto, pero lo haré!

—Gracias, Ebsen. Sé lo que pretendo. Es un delito federal, y yo dirijo la investigación.

—De acuerdo. ¿Algún dato nuevo?

—Lo que ve y lo que sabe. ¿Le parece poco?

—Me parece repugnante...

15 de diciembre...

Detrás de su mesa, el director de la sucursal bancaria miró como hipnotizado a aquel hombre, que le anunciaron en calidad de cliente.

La negra boca del silenciador de la automática era una clara amenaza de muerte.

—¿Prefiere ser un tonto muerto o un listo vivo? Voy a repetirle, por última vez, mis instrucciones. Llame a caja, pida trescientos mil dólares en billetes, en el maletín que utilizan para los desplazamientos habituales, avise a uno de los empleados para que prepare el coche y ya le diré lo demás. ¡Ah! El cajero es Fred Lavater y el que le acompaña siempre, Norbert Wiener. No hable más que con ellos. ¿Entendido? ¡Ponga las manos sobre la mesa y compórtese con naturalidad! Si hace alguna tontería, yo no me llevaré el dinero, pero usted morirá. ¡No lo dude!

Vibraba la voz del hombre, cubierto el rostro con una tupida media en la que había tres agujeros.

El director supo que la amenaza era cierta, que no trataba de asustarle. Aquel individuo tenía unos ojos especiales, una voz bronca, cascada implacable...

—No hay ese dinero en caja.

—Sé de este Banco más que usted mismo. Se asombraría si se lo contara, pero no tengo tiempo... ni ganas. La suma que le pido es la habitual en sus desplazamientos a las zonas agrícolas para atender con rapidez las peticiones de los campesinos en épocas de compras de abonos y maquinaria. ¡La competencia es dura y hay que actuar sobre el terreno! Lleva más de diez días sin moverse del Banco y ya es hora de que lo haga. ¿Quiere que le asesine?

Guardó el arma en una funda axilar, pero colocó su diestra muy cerca de la culata.

—¡No! ¡Haré lo que me indica!

—Es lo sensato. ¡Obedezca! ¿Son cinco o seis sus hijos? Yo le contestaré. Cinco, y uno en camino. Nacerá dentro de un par de meses. ¿Me equivoco?

No obtuvo respuesta.

El director descolgó el auricular e hizo lo que se le indicaba.

Pese a su aparente serenidad, se sentía aterrorizado. Recordaba la fotografía del cajero tan bárbaramente muerto en el anterior atraco, el relato escalofriante del periodista Fred Ebsen, las declaraciones del comisario federal que dirigía la investigación en el sentido de que resistieran a los asaltantes. Someterse a ellos representaba el riesgo de ser víctimas de algo horrible.

—Si es sensato, nada le ocurrirá. Usted es un experto en finanzas, en inversiones. Yo, en robos. Estamos entre profesionales, colega.

Había una tremenda ironía en aquellas palabras. El director sintió que una oleada de cólera le dominaba.

—¡No hay ninguna identidad entre nosotros! ¡Colegas...! Soy un hombre honrado. Usted, en cambio...

—¡Cuidado, amigo! No se excite. En la sala destinada al público hay cuatro compañeros míos, por si fuera necesario crear alguna confusión mientras yo escapo. Son como cualquier persona de las muchas que acudieron a operar; pero tienen armas, y saben usarlas. No trabajamos improvisadamente, sino con una organización perfecta. Ahora, cuando llegue el cajero, le dice que deje el maletín sobre la mesa, y le indica que avise a Wiener para que le aguarde en el coche, en el aparcamiento subterráneo, dentro de cinco minutos. Ni una palabra más, ¿entendido?

El director de la entidad bancaria, dominando el espanto, asintió con el gesto mientras, milímetro a milímetro, deslizaba la mano izquierda sobre el tablero de la mesa, hasta llegar al borde. Debajo de la tarima se hallaba el timbre de alarma. De conseguir pulsarlo frustraría el asalto, sin riesgos instantáneos porque la alarma era luminosa y no estridente. Se encenderían unas luces rojas en determinados lugares, también en el distrito policíaco. Y detrás de donde se hallaba el atracador, sobre la puerta.

Quizá consiguiera salvarse, y cooperar con la policía contra aquellos monstruos.

Rozaba ya con el dedo pulgar el borde del timbre. Deseando distraer a su enemigo, habló, esforzándose, y casi consiguiéndolo, en que su voz no temblara:

—Entiendo que unos hombres se pongan fuera de la ley y atraquen a particulares o a Bancos... No quiere decir que lo disculpe, pero es una forma, muy peligrosa por cierto, de conseguir dinero rápido. Lo que no comprendo es el salvajismo, la mutilación, la tortura. ¿Por qué?

—Es un sistema para que se nos tema y se nos respete. ¿Quién va a atreverse a pulsar un timbre de alarma en el futuro? Ya sabe lo que le espera si lo hace. Le diré algo que no han contado los periódicos. Aquel hombre tardó muchas horas en morir... En los últimos momentos parecía un loco... Como le cortamos la lengua para que no gritara, se arrastraba igual que un gusano, incapaz de pedir clemencia con la voz. A usted puede sucederle lo mismo o algo más pavoroso todavía...

Ya el pulgar se hallaba sobre el pulsador, pero...

Un sudor frío se deslizaba por las sienes del que notaba la boca seca, terriblemente sonoros los latidos de los pulsos y del corazón.

Guardó silencio unos segundos y de nuevo, en el límite ya de su resistencia, pudo dominarse.

—¡Mal negocio el de desvalijar Bancos! —balbució—. Son delitos federales, y el FBI es implacable. Tarde o temprano les cazarán y entonces...

—No darán nunca con nosotros. Pensamos retirarnos a tiempo. Media docena de asaltos, como mucho. Después, a vivir en grande.

—¡Dinero sucio de sangre!

—El dinero no tiene color.

—¡Son ustedes peores que...!

Iba a decir ratas, pero se contuvo a tiempo. Los ojos del indeseable brillaban con hipnótica fijeza.

—Continúe. No se detenga. ¿Cómo iba a terminar la frase? Puedo marcharme con el dinero dejándole vivo... o muerto. Este chisme —se golpeó la automática, sobre la americana— no hace apenas ruido. Le escucho.

El interrogado se mordió los labios.

—La palabra era... ¡Bueno! No importa. ¡No disfrutarán del botín! ¡Se lo aseguro! Los federales se han movilizado y acabarán cogiéndoles.

—Cada atraco tendrá una distinta variación. Lo de ahora es diferente a lo anterior. Lo que venga tendrá nueva técnica. Antes de que consigan reaccionar, acabaremos el trabajo.

—De todas formas, el dinero no les servirá. ¡Se lo aseguro!

—¿Va a impedírmelo usted?

—No. Estoy en sus manos. Se lo impedirá la ley.

—Ése será nuestro problema. Voy a darle instrucciones muy concretas. Me ocultaré detrás de la cortina del ventanal que hay a su izquierda. Le estaré vigilando por una rendija mientras cumple mis instrucciones una vez que llegue el cajero. Si observo algo sospechoso, serán dos los muertos... Rectifico. Dos, no. Un muerto y otro herido. El herido usted, naturalmente. Me lo llevaré conmigo. Mis hombres y yo tenemos una curiosidad: Saber si alguien puede resistir una tortura de veinte horas con cien heridas profundas y dolorosas. La anterior víctima aguantó once horas, y apenas veintidós tratamientos distintos. ¡Era muy flojo! Usted parece más fuerte... Pasa del pánico a la esperanza. Temo que tendré que llevármelo conmigo. Somos un grupo muy divertido.

Siempre con el pulgar sobre el timbre de alarma, sin decidirse a pulsarlo, el amenazado se echó atrás sobre el sillón, apretando su espalda contra el respaldo de la butaca, mientras repetía:

—¡No...! ¡No...! ¡Haré lo que me mande!

—Mejor para usted —fue la fría réplica—. ¿Llaman sus empleados antes de entrar?

—Sí.

—Bien. Me situaré junto a la cortina, para ocultarme en pocos segundos. ¿Quiere que le repita...?

—¡Sé de sobra lo que pretende!

Aprovechando que el malhechor se incorporaba para colocarse en el lugar indicado, fue a pulsar el botón. No lo hizo. Aquel hombre se detuvo de pronto, mirándole con estremecedora fijeza.

—Sea sensato, director.

Sin darle la espalda, siempre vigilándole, el individuo llegó hasta el lugar previsto.

El director del Banco, sin fuerza para oprimir la alarma,

temeroso de que su rostro se contrajera al hacerlo, tanto era el pavor que sentía, respiró profundamente. Aún tardaría el cajero varios minutos en presentarse.

Una idea le asaltó, de pronto.

—¿No hay hombres como usted, encapuchados, en la sala destinada al público? Me habló de cuatro cómplices...

—¿Para qué arriesgarse? ¡Éste es un atraco limpio! Debe serlo, salvo que usted lo haga imposible. La zona de operaciones se halla repleta de público que va y viene, que llena impresos, que espera. Ya se lo dije antes. Mis compañeros están situados en zonas estratégicas. Si advierten algo raro dispararán contra algunos empleados, tirando a matar, y sin silenciadores, para que cunda el pánico. De esta forma, nadie se ocupará de mí y podré salir por su acceso privado, director, llevándomelo conmigo. Si las cosas se ponen muy feas, le mataré antes de irme. ¿Sabe que empieza a resultarme simpático? ¿Qué me gusta hablar con usted? ¡Y hablé demasiado!

Una idea, súbitamente, asaltó al director de la entidad bancaria. Sí. Aquel hombre le reveló sus planes.

Nuevos atracos, con técnicas distintas...

Recordó la nota que publicaron los periódicos, y una frase en la que hicieron énfasis el periodista y el comisario federal: «Quienes obedezcan nuestras órdenes, conservarán la vida. ¡Todos menos uno!»...

Era indudable que él iba a ser sacrificado. Todos menos uno... ¡El! No había otro, puesto que los atracadores que se hallaban en el Banco no se descubrirían, salvo que se produjera alguna anomalía.

Cerró los ojos con fuerza.

«Habrà un rehén en cada atraco», aseguraron Ebsen y Lubbok.

Por eso no tuvo inconveniente en revelar sus propósitos, seguro de que no podría contárselo a nadie.

—¿Me va a llevar con usted? —inquirió.

—Puede que no, si se porta como es debido. Lo seguro es que habrá otras muertes si se resiste. La suya y la de varios de sus empleados.

La voz sonaba burlona.

El director del Banco tuvo la certeza de que no se salvaría, y

aquello le decidió.

Despacio, pero con firmeza, apretó la alarma, procurando que sus facciones no reflejaran la menor emoción.

¡La suerte estaba echada! ¡Ya era imposible retroceder!

Tal hecho le tranquilizó por completo.

Tranquilo, sin mirar la luz sobre la puerta, que debía de haberse encendido, tomó un cigarrillo de una caja de tabaco, encendiéndolo con un mechero que servía, además, de pisapapeles.

—¿No me ofrece? —inquirió el atracador—. ¡Poco correcto! Tal vez yo sea mañana uno de sus clientes y venga a depositar aquí parte de lo que me llevo ahora o el total de los dos atracos. Debe mimarme. —El sarcasmo era feroz—. Su mirada tiene una expresión distinta a la de hace unos minutos. ¿Por qué?

—Digamos que pasó la sorpresa. Estoy más tranquilo.

—Ése es su riesgo. Creerse seguro. Su mujer es muy bella todavía. ¡No la deje viuda!

—Nada hice, sino obedecerle.

—¿De veras? No me considere tan estúpido. ¡Todo estaba previsto, hasta ese timbre de alarma que acaba de pulsar!

El director llevó la mirada hasta el pequeño foco que había sobre la puerta. ¡No se había encendido! ¿Acaso...?

Tuvo la respuesta al oír unos discretos golpes. El desconocido musitó, cortante la voz:

—¡La vida del que llega está en sus manos! ¡Hágale entrar!

El director, tembloroso, autorizó el paso a un hombre de unos treinta y cinco años, portador de un amplio maletín de cuero.

—Buenos días. Aquí tiene lo que pidió, director. ¿Algo más?

El aludido crispó las mandíbulas.

—Nada. Que Norbert se prepare para dentro de cinco minutos. Puede esperarme en el automóvil, según costumbre.

Nunca llamaba a los empleados por el nombre de pila sino por el apellido. ¿Le extrañaría aquello al cajero?

—Se lo diré así. ¿Puedo retirarme?

—Sí, Fred. Gracias.

El empleado abandonó el despacho. El director, como por descuido, pulsó el interruptor del portátil que había sobre la mesa, y la bombilla se encendió.

—No hubo corte de luz, si es lo que le preocupa. No funcionó la

alarma. Sólo eso. ¿Le mato, le dejo con vida o me lo llevo? ¿Usted qué haría en mi caso?

El amenazado se supo perdido. Notó que las fuerzas le abandonaban, que sus músculos carecían de vigor, que sus nervios se relajaban. ¡Estaba perdido!

Evocó, a su pesar, los bárbaros detalles de la fotografía del hombre mutilado, destrozado, bárbaramente aniquilado.

El pánico era tan grande, tan profundo el terror, que empezaron a temblarle la mandíbula, los párpados... ¡Todo!

Su ser se convirtió en la representación del miedo... El horror que sentía era tan intenso que le afloraba a través de la piel, desencajaba sus ojos y le oscurecía los sentidos.

Balbució, entrecortadamente:

—¡Por favor...!

—Me divertí viéndole deslizar la mano por el tablero de la mesa, y apretar el botón mientras intentaba distraerme con su charla... Salga delante de mí, hasta el coche que me espera, con absoluta naturalidad... Por aquella puerta, la reservada para los visitantes de categoría. ¡Yo soy el hombre de más categoría que recibió en su despacho! Tengo en mis manos su vida, su muerte, su agonía... ¡Sí, su agonía también!

—¡Por caridad! ¡Déjeme aquí!

—Acompañeme. Sólo hasta el automóvil. Podrá volver después. Su compañía me será muy útil. ¡Le perdonaré, aunque no debiera hacerlo!

—¡No lo hará! Si salgo con usted, me obligará a entrar en el coche y... ¡No! ¡No!

La voz histérica del director se alzó en exceso. El encapuchado, con agilidad increíble, llegó hasta su víctima, golpeándole en la nuca con el cañón de la automática, que acababa de desenfundar...

Fred Ebsen, rostro duro, de granito, hubo de esforzarse hasta límites sobrehumanos para que sus manos le obedecieran al fotografiar aquel cadáver.

Al contrario de lo sucedido en la ocasión anterior, no había habido amputaciones, pero todo el cuerpo era una llaga negruzca. Primero utilizaron el fuego; después, el cuchillo.

Un pingajo... Sí... No podía expresarse de otra manera.

Detrás del fotógrafo, cuatro hombres, silenciosos, asqueados,

crispados los puños, con ansias homicidas. ¡Cuatro fieras si en aquel momento hubieran podido ponerles las manos encima a los sádicos que cometieron el brutal, el incalificable asesinato!

El capitán James Salter masculló, sorda la voz:

—¿Con qué clase de monstruos nos enfrentamos?

John Mitchun, teniente de la Metropolitana, repuso, en el mismo tono:

—¡Son eso! ¡Monstruos!

Vincent Lubbok asintió:

—¡No hay palabras para calificarlo! Creí que nada podría impresionarme ya... Me equivoqué. ¡Esto es el terror vivo, cuesto en pie!

Hodgkin Trintignant quiso decir algo, pero no consiguió mover los labios. Tenía la diestra crispada en la culata del 38, y sus dedos eran garras...

24 de diciembre...

Patio interior de la central de una importante entidad bancaria. Nueva York...

La furgoneta metálica entró despacio por el estrecho acceso que enlazaba con la calle, marcha atrás. Dos policías de uniforme, con los revólveres empuñados, más por rutina que por otra cosa, se disponían a presenciar cómo eran introducidas en el interior del vehículo cuatro cajas metálicas conteniendo cada una de ellas doscientos cincuenta mil dólares en billetes.

No pocas empresas retiraban fondos aquella mañana de las sucursales del Banco, con destino a las gratificaciones extraordinarias de Navidad y Año Nuevo, y para pagar anticipadamente las nóminas. Se iba a reforzar la tesorería de las oficinas de Harlem y Queens.

Idéntica operación se realizaba los finales de mes y en fechas excepcionales, siempre que los clientes precisaban más dinero del habitual en fechas muy concretas.

Era una operación de trámite.

Pero...

Todo sucedió tan rápido que, cuando los guardias quisieron darse cuenta de ello, dos individuos, que surgieron como reptiles de debajo de un vehículo aparcado en uno de los laterales, con la inscripción comercial de una empresa de limpieza de edificios

públicos, les encañonaban con automáticas provistas de silenciadores.

Un agente quiso retroceder y resistirse. Un estampido, apenas perceptible, fue mensajero de muerte. El hombre cayó a tierra, con la cabeza destrozada por un proyectil. Él guardia superviviente alzó los brazos, pero de nada había de servirle. Volvió a tronar la automática...

Dos hombres más entraron en el patio, procedentes de la calle, por el estrecho pasillo formado por uno de los laterales de la furgoneta y la pared.

Todos provistos de pistolas con silenciadores y los rostros cubiertos por medias, con orificios para ver y respirar.

Los que cargaban la valiosa mercancía se hallaban inmóviles, brazos en alto. Uno masculló:

—¡Asesinos asquerosos!

Uno de los asaltantes, sin pronunciar palabra, se le acercó. Su diestra se movió, rápida, y el que había manifestado en alta voz su ira y su desprecio fue lanzado hacia atrás de un feroz culatazo en la mandíbula. Luego, fríamente, el atracador hizo un disparo y la bala atravesó el cráneo del caído.

—¿Alguien más quiere hablar? ¡Todos al suelo, de bruces, y con los brazos extendidos!

Era un hombre enérgico el que daba las órdenes, un individuo acostumbrado a mandar. Su voz sonaba ronca, cascada.

Fue obedecido en el acto. ¡Todos estaban aterrados de tanta crueldad!

Sabían con quiénes se enfrentaban. El segundo atraco fue divulgado por la Prensa. ¡Noticia de primera plana! ¡Y fotografía del cadáver...!

Los cuatro asaltantes, en apenas unos segundos, golpearon a los que estaban en el suelo, utilizando las culatas de las automáticas, sumiéndoles en la inconsciencia.

—¡Poned dentro las cajas!

La operación se realizó con rapidez. Junto con el botín, echaron también a uno de los empleados del Banco, entrando todos en la amplia caja del furgón.

Segundos más tarde, el vehículo abandonaba el Banco, a moderada velocidad. Iba conducido por un chófer de uniforme,

quien notaba en sus costillas la presión de un arma.

La furgoneta se dirigió hacia el Norte para, varias manzanas más arriba, detenerse.

—Échate a un lado —dijo un quinto asaltante—. Conduciré yo.

El conductor, siempre bajo la presión del arma de fuego, obedeció.

—Inclínate ahora; que no te vean desde fuera.

Lo hizo también. No le quedaba otro remedio.

La agresión le sorprendió. Notó un feroz impacto en la nuca, y cayó, como un fardo, sobre el asiento.

El atracador, quitándose la media de la cara, con una sonrisa de triunfo, volvió a poner en marcha la furgoneta para, dos calles más arriba, penetrar en un amplio garaje, en cuyo interior había un automóvil negro, al que los atracadores transportaron las cuatro cajas y el rehén.

El chófer había muerto. Tenía la nuca destrozada.

Aquel garaje, la prensa lo diría después, llevaba ofreciéndose varios meses en alquiler...

CAPÍTULO II

—¡Mon petit! Taime danser.

Cierro la carpeta y miro a la que habla a mi espalda, volcada materialmente sobre mí. Le digo, con mis mejores modales:

—¡Deja ya de presumir de políglota! Hablas el francés como un descargador de muelle, y tu acento es detestable.

Violet Dengali, mi vampiresa particular de este fin de semana, ríe y responde, sin enfadarse:

—¡Tienes mal carácter, Robert; pero me gustas! *Vous serez un vieux monsieur tres beau.*

Me acaricia el pelo, de adelante hacia atrás, como si tuviera a un gato bajo sus manos ávidas. Me pongo en pie.

—Veamos, encanto. Quiero decirte tres cosas. Me revienta el francés, que me atusen el cabello y que me distraigan cuando trabajo. Eres la típica dama que me ha vacunado contra el matrimonio. Me recuerda el viejo adagio de «mujer de cien mil y marido de maravedí».

Ella hace arrumacos de gata en celo. Insiste:

—Hoy, y a estas horas, nadie trabaja en Nueva York, cariñín. Es noche de estar juntos, de pasarlo bien. ¡Estamos a 24 de diciembre, en tu apartamento, sin papá, mamá o abuelita que nos estorbe! ¿No te sugiere nada el «al fin solos»?

Ella sonríe.

Violet Dengali es una señora de cuerpo entero, tímida como una gacela, ruborosa como una novicia, muy apegada a las viejas costumbres, a esas que les gustan a los pillines gordos y aburridos.

«Mujeres atrevidas quitan las vidas», pienso con el clásico. Mula falsa y mujer hermosa son cosas muy parecidas.

La encontré ayer por la noche en un club de postín, donde entré en busca de uno de esos fulanos que acostumbro a comerme, como aperitivo, de vez en cuando, por encargo del FBI.

Se me acercó, insinuantota, que es lo bueno, para pedirme lumbré y para llamarme chato y otras monerías que, pudoroso, omito, propias de las señoras recatadas.

Yo estaba harto de muchas cosas, que les contaré a su tiempo y, cinco minutos más tarde, en francés, le dije, delicadamente, luego de afirmar que estaba hecha una burra de guapa y que tenía, para ella, un piso mono y coquetón:

—Nous dormirons dans un grand lit...

No me dejó terminar la frase. Ofendida por mi atrevimiento, se me colgó del brazo, se me pegó como una lapa adulta y se vino hasta aquí, mientras me hablaba de sus lunares.

Estuvimos jugando al parchís hasta la madrugada, que es un juego muy edificante, dormimos un rato y al amanecer volví a levantarme para trabajar como un león en algo muy difícil de resolver, y que me trae de coronilla.

Hemos comido de conservas, hemos vuelto a entretenernos en juegos propios de angelicales criaturas, y ahora parece que se aburre del prolongado encierro, que la jaulita dorada pierde su atractivo y necesita música, ruido y demás.

Lo comprendo. Es una faena la que le hice. Debí haberla avisado.

Nunca dispuse de tan poco tiempo como ahora. El 10 de diciembre, por la tarde, mi jefe, el inefable y nunca lo bastante bien ponderado y despótico Vincent Lubbok, me encargó de un caso al que calificó de...

—Un hueso duro de roer, genio; pero tú lo devorarás como un jabato. Trintignant y yo seremos las cabezas visibles del caso, nos fotografiarán los periodistas, y todas esas cosas bonitas. Tú, en la sombra, tienes que actuar. Te dejo para ayudarte a Jimmy Petermann. ¡Necesito resultados rápidos, y no quiero fracasos! ¿Comprendido, maravilloso Robert Baker?

Respondí afirmativamente, con febril entusiasmo. El agregó:

—Me gusta oír cómo gruñes. Cada vez te pareces más a un gorila.

Le mandé al diablo, tomé una carpeta en la que había varios folios mecanografiados y me largué de la delegación del FBI en Nueva York, con viento fresco y un humor de todos los diablos.

A partir de entonces, todos los días recibo un mensajero con

nuevos informes. El 15 de diciembre, a última hora, mi jefe y amigo me trajo personalmente más papel escrito, y una nueva orden:

—Quiero ver cómo gritan los culpables antes de que haya un tercer atraco. ¿Comprendido?

Pensaba pasármelo en grande en San Francisco, en compañía de mamá querida y de mi padrastro, su quinto marido. Frisco es uno de esos lugares que receta el médico a los hipocondríacos, con Hollywood al alcance de la mano, una temperatura suave, señoras despampanantes y todo lo que un prójimo cansado puede apetecer.

Además, no me gusta pasar solo fechas tan nostálgicas como las de Navidad y Año Viejo.

Violet, mi cielito lindo, me achucha de veras, y he de cortar el hilo de mis ideas para defenderme. Esta tigresa terminará destrozándome de un zarpazo si continúo haciéndome el indiferente.

—Cena y baile en el club que elijas, Robert. Después, regresaremos a... descansar.

¡Esta señora cuelga las palabras y las intenciones como los verdugos de Nuremberg a sus víctimas, con asombrosa impunidad y dentro de asombrosos cauces legales!

Miro la carpeta. Luego, a mi tigresa.

Yo, el genio del humor negro, la invito:

—Ven, mona. Siéntate a mi lado. Voy a leerte un cuentecito de hadas.

Elijo el primer informe del forense:

«John Mulder murió a causa de múltiples heridas, sin que ninguna de ellas fuera, directamente, la determinante del óbito...»

Sonríó a mi seductora enternecedoramente, y comento:

—¡Óbito! Qué palabra tan bonita, ¿verdad? Muy sugerente... Continúo, encantito. «... Las amputaciones de brazos, piernas, cabeza y otros órganos se hicieron cuando la víctima estaba muerta... Hay docenas de heridas profundas hechas sobre centros nerviosos y casi todos los tendones seccionados. ¡Una tortura diabólica, hábilmente realizada! Deduzco que la agonía debió durar varias horas. Los paquetes musculares fueron extraídos y desgarrados... Utilizaron también afilados y largos estiletes para

producir punzadas profundas, pero ninguna de ellas afectó a zonas vitales, a órganos cuyas lesiones pudieran producir una muerte rápida... Se aprecian, además, numerosas quemaduras, una hechas con cigarrillos y otras con llama... Parece que se utilizó un soplete para vaciar los ojos, luego de abrasarlos, y...»

—¡Calla, Robert! ¡Me da náuseas oírlo!

Hay pánico, horror, en la voz de mi fémina.

—¿De veras? ¡Es literatura oficial! ¡Muy edificante! Tengo otro informe del forense. ¡Es todavía más alucinante! Conviene que te endurezcas, hijita, que hay mucho fulano malote por ahí. Verás...

—¡No, Robert! ¡Te lo suplico!

Soy un tipo duro, pero hasta a mí se me han revuelto las tripas con la lectura. ¡Y eso que es la cuarta o quinta vez que estudio el dictamen de la autopsia, en busca de datos reveladores, de posibles pistas! Ella tiembla como una flor sacudida por el temporal, como un suspiro en el viento, como las palabras de una recién casada...

Me maravillo de mi sentido poético de la vida. ¡Qué gran lírico soy, qué gran romántico!

—Deja eso en cualquier sitio —«eso» es la carpeta—, y vámonos a emborracharnos a gusto. ¿Cómo puedes permanecer impasible, sin que te tiemble la voz?

—Soy un machote —respondo, dándome pisto.

—Hazme caso. ¿No te gusto yo más que tus muertos particulares? ¡Lo pasaremos en grande!

Miro, una vez más, la carpeta.

Estoy realmente agotado. Necesito, en verdad, distraerme. Abandonar por unas horas mis investigaciones, tal vez sea favorable. Llevo días y días cosechando fracaso tras fracaso. Los informadores no me sirvieron de nada, y eso que a alguno les apreté tanto las clavijas que tardarán semanas en convalecer.

Todo, sin éxito.

El grupo de asesinos parece no pertenecer a este mundo pecador. Se evapora después de cada golpe, sin hacer ninguna de las tonterías habituales que nos facilitan el trabajo a los sabuesos.

Ni una mujer que echarse a la boca, ni un gasto excesivo en clubs y centros de casto esparcimiento...

Temo que la obsesión no me deje ver claro.

¿Qué adelantaré largando a esta... señora a su casa,

quedándome solo, leyendo una y otra vez lo que ya me sé de memoria?

Lo trágico es que intuyo, y mis intuiciones jamás fallan, que en los folios mecanografiados está la clave del problema, hasta la posible identidad de los bárbaros criminales.

Pero no doy con ellos. Son letras, palabras, frases... Entre líneas está la verdad. Lo sé.

Sin embargo, no soy capaz de apresar esa verdad.

Me pongo en pie. Sonrío a mi gatita particular y digo:

—Tú ganas. De acuerdo.

Me besa como si se tratara de una dama que despidiera a su marido en vísperas de un viaje al planeta Marte en un avión modelo 1920, pongo por pobre y elocuente ejemplo. La correspondo y, al separarme para respirar un poco, la contemplo a mi sabor.

Violet es un prodigio de criatura, una sucesión de curvas, de turgencias. Todo en su sitio, como debe ser.

Tiene veinticinco años y unas ganas enormes de vivir. Su cuerpo escultural está cubierto... Bueno, eso de cubierto es un decir... Está cubierto por una bata transparente que se dejó una de mis visitas, y que los cirujanos recomendarían a los radiólogos para que nada velara sus placas.

El hallazgo fue un verdadero acontecimiento. Ella me llamó golfo por tener tal prenda en casa, me preguntó a quién pertenecía, se la probó delante del espejo y acabó usándola por lo que yo llamo método directo, es decir, sin trapajos interiores que cegaran los agujeros monos del encaje.

El parchís, en aquella ocasión, fue muy movido.

Recordé, entonces, lo que escribiera uno de mis filósofos particulares: «Los hombres quieren ser el primer amor de una mujer. Las mujeres el último amor de los hombres».

Ninguna de las dos cosas son ni serán ciertas en nuestro caso; pero la frase es bonita, y una de mis pocas debilidades, soy casi un ser perfecto, es la de que mis amigos comprendan que no soy únicamente un gorila con chapa, como acostumbra a llamarme mi jefe, en sus horas de euforia, ni un conquistador empedernido, ni un frivolón, como piensa mamá porque permanezco soltero.

El matrimonio me aterra, por aquello de los clásicos, que el matrimonio sólo tiene dos días buenos, el primero y el último, y

casamiento hecho, novio arrepentido.

Ella es una mezcla explosiva, según me contara entre suspiritos enternecedores. Padre francés, madre italiana y abuelitos norteamericanos, de la zona de los bosques, en Illinois, a la derecha y ligeramente al centro, conforme se sube por el mapa de mi país, allí donde, como sucede en Texas, las pulgas hay que matarlas a martillazos, y las terneras alumbran mellizos de cinco años...

La patria chica de Abraham Lincoln, el apóstol de la libertad... ¡Y vaya si nació libre Violet Dengali!

—¿Dónde me llevarás, Robert?

—Al University.

Abre mucho los ojos.

—¿Nos dejarán entrar? Eso es sólo para los universitarios y...

Le doy un azote, reprendiéndola:

—¡Claro, nena! Por si lo ignoras, además de agente federal soy abogado y doctor en psicología. ¿Se nota esto último en cómo te trato?

—¡En ti se nota todo, Robert! ¡Eres fenomenal!

Lo soy. Nadie lo dude.

—Son las ocho, Violet. Iré a vestirme.

—Yo también, rico. ¿Me acordaré de cómo se pone la ropa?

Sonríó igual que el lobo feroz. Esta individua tiene ingenio. Y sabe usarlo.

—Prueba.

Ella se introduce en el cuarto de baño. Yo, que me duché hace apenas media hora para limpiarme de un apestoso olor a perfume, me quito el pijama y busco la ropa interior. ¡Ah!, se me olvidaba. El nombre del perfume es «Te espero esta noche despierta, vida mía, para que juntos, veamos amanecer en las Montañas Rocosas». Lo venden en frascos, todo cristal, a veinte dólares la gota.

Violet me hizo prometerle que le compraría un par de gruesas de esos frascos.

Más por deformación profesional que por otra cosa —me voy de juerga—, me ciño la funda axilar, de las que pende mi tercera extremidad, un 38 mortífero, que maneja regularmente.

Soy capaz de hacerle un agujero a una mosca, con los ojos vendados, a treinta metros de distancia. Si algunos prójimos pudieran hablar, que no pueden, ¡los pobres!, corroborarían mis

modestas palabras.

Tardo cinco minutos en encontrarme listo para una orgía honesta. Violet sigue en la ducha.

Ya en el *living*, me sirvo una generosa dosis de *whisky*, que apuro de un sorbo.

¿Qué tardará esta hija de Eva en emperejilarse?

Me dispongo a esperar filosóficamente, sin perder mi tiempo. Yo, en todo, el tiempo lo aprovecho siempre, no por esa estupidez de que es oro, y vale mucho, sino porque el que pasa no vuelve más, que el tiempo no anda como el cangrejo ni se lo come el lobo.

Me abstraigo en el estudio del expediente, que engrosé con algunas notas.

No sé por dónde meterle el diente; pero este caso me apasiona como ninguno.

Si pongo las manos encima a esos sádicos monstruos, ¡y se las terminaré poniendo, pues no fracasé jamás!, van a considerar que la broma de Hiroshima y Nagasaki fue un juego de niños comparado con lo que les aguarda.

Dos atracos seguidos, con técnicas parecidas, con varios denominadores comunes; pero...

Ni una brizna de carne en el hueso.

Mis interrogatorios a las víctimas de los hechos no aportaron luz alguna.

Rectifico. Sí hubo luz para tener la certeza absoluta de que se trata de hombres sin piedad, con ojos de lobos rabiosos, con serenidad absoluta, con planes elaborados perfectamente, sin un fallo.

Sé que hasta los malhechores más inteligentes dejan siempre algo a lo que agarrarse.

No encuentro ese algo.

Sólo sangre, crueldad inútil, horror, espanto, vómito...

He visto los cadáveres mutilados en el depósito, mientras el forense hacía la segunda autopsia. La segunda, porque la primera la sufrieron en vida.

Al director de la sucursal bancaria no le sacaron los ojos, como al cajero John Mulder. En sus pupilas leí la demencia más terrible, la angustia más pavorosa, el terror hasta límites inconcebibles...

Nunca lo olvidaré. Mientras viva.

Pienso que estoy atrofiado, y me reafirmo en la idea de que debo organizar un lío extrafederal con Violet para recuperarme.

¿Hice bien al traer a esta chica a casa?

Al encontrarla, hace un par de días, estaba tan desconcertado como ahora.

La pandilla que asaltó los dos Bancos actuaba sobre seguro, con todos los datos imaginables. Inutilizaron previamente los timbres de alarma, en una hábil maniobra en los cuadros eléctricos, desconectando un solo cable.

Estuve varios días trabajando como un enano en los lugares de autos, que decimos los juristas...

Poca cosa. Casi nada. Nada definitorio.

Los mismos pájaros y las mismas pájaras de siempre en los tugurios que recorrí.

En el club en el que tuve el encontronazo con Violet, acababa de establecer contacto con uno de mis mejores chivatos, dándole instrucciones severísimas para que él se encargara de levantarme la liebre en Nueva York. Lo mismo realizaban las oficinas federales de los demás estados de la Unión.

Tenemos casi la certeza de que, tanto si se conformaron con el doble botín, como si se disponen a seguir actuando, los prójimos misteriosos a quienes me gustaría cazar, se largaron lejos.

¿Dónde?

He ahí la incógnita.

Me consuela la idea de que aquí, en los Estados Unidos, es fácil localizar a cualquiera.

Estamos en un nidito de nueve millones trescientos sesenta y tres mil kilómetros cuadrados, incluyendo Alaska y las islas Hawai, con cerca de doscientos millones de habitantes y ciudades pequeñísimas, tipo Nueva York, que alcanzan los doce millones de seres vivos.

Así da gusto buscar a cinco sujetos, a quienes nadie ha sido capaz de describir con exactitud, sin contradicciones; a quienes nadie vio la cara...

Leo, por enésima vez, repaso las relaciones de empleados de ambas entidades bancarias.

Ninguno tiene antecedentes. Lo comprobé personalmente en los archivos generales del FBI y de la Metropolitana. Son toda gente

honorable... y muy numerosa. En total, en las dos oficinas bancarias asaltadas hay ciento veintisiete personas entre hombres y mujeres.

¡Da gusto trabajar así!

Cierro con fuerza, con ira, con impotencia, el expediente.

Cero más cero es cero, y no me llevo nada. Tal es el resultado hasta hoy, 24 de diciembre. ¿Hora?

Las ocho y diecisiete de la noche.

Entre mi musa inspiradora, el *whisky*, el pensar y pensar hasta que estuvo a punto de reventarme la cabeza, no sé lo que sucede en el mundo exterior. Ni periódicos, ni radio, ni televisión.

Me impaciento, de pronto.

¿Qué tiempo necesita esa Violet de todos los diablos para arreglarse?

En el University terminarán dándonos las sobras de las cenas de los camareros.

Voy a levantarme para apremiarla, y surge, como un astro, en la puerta del dormitorio.

Deslumbrante, curvilínea, dispuesta al sacrificio.

No puede decirse que se haya vestido. El traje que lleva es una funda hecha en una fábrica de muñecas.

Un cañamón, en cualquier parte de su anatomía, parecería un gordo divieso.

La contemplo, apreciativo. Tiene clase. Sabe moverse y...

—Estás hecha un bombón, ricura.

Se me acerca mucho.

—¿De veras? Si lo prefieres, podemos quedarnos. Hay algunas conservas en la nevera y...

Me ofrece los labios. ¡Es voraz la dama! ¡Un Vesubio, pongo por caso!

Apenas se los muerdo, respondo:

—Conviene que nos dé el aire a los dos, o acabaremos con alcobafobia. ¿No te parece?

—Tú mandas.

—Entonces, en marcha. Me apetece mover el esqueleto.

Mi frase no le gusta. Se estremece.

—¡Oh, Robert! —me reprocha, con voz de tiple anémica—. ¡No seas tan macabro!

—Soy así de poeta —respondo.

Vamos a iniciar la marcha hacia la puerta cuando suena el timbre. Repetida, nerviosamente.

—¿Esperas a alguien, Robert? —me pregunta.

—Sí. A los asesinos. Quizá hayan sentido piedad de mí y vengan a cortarme en rodajas. Con el entrenamiento que tienen, vamos a pasarlo en grande.

Violet exclama:

—¡No seas bárbaro!

La noto serena. Su voz no ha temblado. Me molesta no ser un asustamonumentos e insisto:

—A veces, nena, resulta cierto lo del cazador cazado. Demostraron ser gente bien informada. ¿Por qué no pueden venir a buscarnos? Tal vez afilaron los cuchillos en el matadero y nos busquen.

El timbre suena de nuevo, con mayor insistencia.

—¿Los oyes? ¡Ventean la sangre, como los buitres! Los timbrazos no cesan.

—Espérame aquí, preciosidad. Si me oyes gritar, salta por la ventana. Es mejor estrellarse.

No acusa mis palabras.

Voy a la puerta. Abro. Frunzo el ceño.

Ante mí, algo que me produce dolor de barriga...

CAPÍTULO III

—¡Saludo al abominable hombre de las nieves!

Me mira. Amistoso.

No parpadea.

La visita es de alguien que, con su sola presencia, aterroriza a los gorilas del zoo, la representación viva del despotismo, el autoritarismo y demás ismos bárbaros que en el mundo han sido.

Dice, cordial, parlanchinamente:

—¡Hola!

Detrás del recién llegado hay otro pájaro. No un ruiseñor sino un cuervo.

Me hago a un lado y entran, deteniéndose al ver a...

—¿Son tus amigos, chatito?

Me vuelvo a Violet, que ha apoyado su mano diestra en la cintura, sin duda para que se le redondeen más las caderas, lo que parece imposible.

—Sí. Íntimos. Les quiero tanto como a una epidemia de viruela.

—Preséntamelos. Me gustan los hombres duros.

Dudo.

El gorila padre me anima:

—Vamos, chatito. Hazlo. No defraudes a una dama.

Trago saliva.

—De acuerdo. Ella es Violet Dengali, especialista en muchas cosas que vosotros no habéis imaginado jamás. Vincent Lubbok y Hodgkin Trintignant, dos fulanos de pelo en pecho capaces de comerse a medio mundo sin tomar bicarbonato... y si les dejan, naturalmente.

Mi princesa, bombón, ricura y otras lindezas, da dos pasos ondulantes y tiende la mano a mis camaradas federales, cuyos rostros tienen expresión de funeral de tercera.

—¿Qué tal, chicos? —saluda, como una colegiala en su primer

año de internado.

—Mucho gusto, chica —responde, sin ningún gusto, mi jefe.

—Lo mismo digo —corroboró Trintignant, con la sonrisa alegre de un sepulturero que enterrase al ser más querido.

Yo aprovecho el clima de cordialidad para comportarme diplomáticamente con los que llegan. Me dirijo a Hodgkin primero; a Vincent, después.

—A estas damas, tú no las ves más que en las portadas de las revistas. En cuanto a ti, Lubbock, te olvidaste de que existen. Vosotros os acariciáis el rostro con un rastrillo, a falta de algo mejor. Violet es incandescente, casi tan extraordinaria como yo.

—¡Lástima! Os veo muy arregladitos. ¿Dónde ibas Robert? ¿A investigar con ella?

—Sí. Fuera de aquí. Dentro, ya tuvimos tiempo de investigarnos a fondo. ¿Quieres que te cuente un secreto, jefe?

—¡Me muero de ganas!

Tiene cara de palo, de rama de alcornoque.

—Estamos hambrientos, sedientos y... satisfechos.

—Eso nos ocurre a nosotros. Las dos primeras cosas se entiende. De diversiones no podemos quejarnos... —Hace una extraña mueca. ¿Una sonrisa?—. Nuestros amigos nos han gastado otra broma esta mañana. Tres cadáveres y un rehén. Ahora deben estar pasándolo en grande con el pobre diablo. Todavía no nos hemos corrido la juega de encontrar lo que dejen. Como se perfeccionan, espero que nos ofrezcan un espectáculo interesante. Tal vez le hagan comerse los dedos de los pies, sin la atención de cortarle antes las uñas... ¡Esos matarifes son muy originales!

Acuso el golpe.

—¡Vaya! Veo que te interesa mi historia. Trintignant que es tan ameno como yo, al inclinarse para reconocer al chófer de una furgoneta, se manchó los dedos con rastros enrojecidos. ¿Me entiendes, inspector Baker, gloria de las glorias federales?

Los puñetazos los recibo en la boca del estómago. Inicio una débil defensa, que no un contraataque.

—¡Vaya! Descubriste mi identidad...

—No era un secreto para la... ¡chica! Veo la carpeta con el expediente sobre la mesa. ¿Quieres que la lean los ratones, a ver si ellos encuentran una pista?

—¡Quiero que dejes de vapulearme de una maldita vez, jefe!

—Pronto acabo contigo... ¡Y espero dar a la frase, en un futuro, su pleno significado! Un futuro próximo, lis —torro. Se llevaron un millón de dólares en billetes de diversa cuantía, sin numerar.

Espera a que la cifra haga su efecto, y continúa:

—Trintignant y yo tuvimos todo el trabajo del mundo. De vez en vez, pensando que podías iluminarnos con tu sapiencia, te llamábamos por teléfono. ¡Siempre comunicabas! «¡Qué bárbaro! ¡Cómo investiga!», nos dijimos. No teníamos tiempo de venir a ayudarte y seguimos privándonos de tus sabios consejos de experto... —Se vuelve a Violet y le pregunta—: ¿Es experto en todo, chica?

—¡Huuuuuy...! ¡Uuuuuffff! —responde ella, académicamente, a la par que, modosita, se relame primero y se muerde el labio inferior después.

—Lo celebro... ¡chica! —Cada «chica» del comisario suena como un pistoletazo—. Se nos pasó la hora de la comida, de la merienda y de la cena. ¡Estábamos tan felices, tan divertidos, que no lo echamos de menos! Ahora, más tranquilitos, después de hechas las cosas más urgentes, vinimos a arrastrarnos delante de ti, Baker, genio de los genios, para rogarte que te dignaras ganarte el sueldo, colaborar con nosotros, ser nuestra *alma mater*, nuestro guía, si lo tienes a bien, y...

—¡Basta ya! —estallo.

—¿Te hablé demasiado ásperamente, chatito?

Hay una feroz ironía en las palabras del inspector, un tono acusatorio, que no estoy dispuesto a tolerarle.

—No entiendo lo del teléfono —digo.

Trintignant, que se ha acercado al mueble bar, en cuya parte superior está el aparato, me aclara:

—Yo, sí. Mal colgado. ¿Por descuido?

Me vuelvo a Violet. Ella me sonríe, picaresca, divertida.

—No quise que nada nos interrumpiera, cha...

No acaba la frase. Mi mirada debe ser todo un poema de dulzura, de cariño de suegra enloquecida.

Se traga el «tito».

—¿Sabes lo que siento, reina? —le digo, muy cerquita mi rostro humanitario del suyo de vampiresa—. ¡Que no fueran los carniceros

para ver cómo te despedazaban!

Ella comprende que metió la patita e intenta sacarla, con la misma habilidad que un elefante tocaría al piano el *Para Elisa*.

—No pensé que fuera tan importante. Sólo quería...

No la dejo terminar.

—¿Pensaste? ¡Qué raro! Tú no utilizas la cabeza más que para peinarte y para vértela en un espejo... ¡Largo de aquí!

—Pero...

—¡Sin peros! Nos aguaron la fiesta, monada. Tendrás que arreglártelas sin mí.

—Puedo esperar a que acabes. No tengo prisa y... —Adopta una actitud suplicante. Sus ojos (¿sincera o buena actriz?) se cubren de lágrimas—. No te enfades conmigo...

Olvido a mis clásicos. «Llanto de hembra no te mueva; que llanto y risa presto lo engendra».

—Espérame en el University. Usa mi nombre a la puerta. Allí me conocen hasta los gatos. Si tardo, vuelve. ¿De acuerdo?

La tomo del brazo y la llevo hasta la puerta. Salgo con ella al descansillo y le entrego unos billetes.

—Toma. Por si me retraso.

Ella, muy en *vamp*, me acaricia las mejillas.

—¡Despáchales y...!

Antes de que termine la frase, estoy de nuevo en el apartamento, cerrando a mi espalda, con más fuerza de la necesaria. Me encaro con mi jefe:

—Lo siento, Lubbok. Estaba harto de darle vueltas a un rompecabezas, sin nada positivo.

—¿Sientes haberte entregado a la dulce vida? ¿Te disculpas? ¡Malo! Tú estás muy grave.

Los sarcasmos me producen acidez de estómago. Se lo digo y añado:

—Ignoraba lo del teléfono.

Con cara de chacal hidrófobo me señala, una vez más, la carpeta:

—¿Estudiabais juntos la lección?

Trintignant se ríe, y me le encaro.

—¡Eran otras las lecciones! Ella no echó ni una mirada a lo que no le importaba.

—En el teléfono puso sus dedos, chatito.

A Vincent Lubbok le soporto lo que sea. Le quiero, aunque me pudriré antes que decírselo, y le respeto como jefe. Hodgkin me cae gordo desde que le conocí.

—¡Cierra el pico, agente a secas, y no presumas conmigo de ingenioso! Lo tuyo es «amén», «sí, señor», «no, señor», «como mande» y «a sus órdenes». ¡Es el único vocabulario que te cuadra, y toma lo de cuadra como mejor te apetezca!

Trintignant va a responderme, presumo que no para recitarme la lista de los reyes godos, precisamente. El comisario interviene:

—¡No perdamos más tiempo! Te hicimos un informe del tercer asalto... ¡y no para que lo estudies con ninguna chica!

—¿Cómo ocurrió?

Lubbok me lo relata, de forma esquemática, con lenguaje castrense.

Luego, me entrega unos folios mecanografiados.

Va al mueble bar, separa tres vasos, vierte en ellos *whisky* con una generosidad indicadora de que la botella no le pertenece, nos da a cada uno el biberón, reservándose el suyo, y se sienta en el diván. Yo lo hago en uno de los butacones, y Hodgkin en el otro. ¡Me repugna que un gusano, Trintignant, beba de lo mío, pero me lo callo para no empeorar las cosas!

Sé, además, que la caja de los truenos va a desatarse, y que estoy sin un mal impermeable que llevarme a la boca.

El inspector guarda silencio. Tal vez haga acopio de palabras gruesas para empezar a disparármelas. Me le anticipo, que la mejor táctica defensiva es el ataque.

—Denominadores comunes. Las alarmas no funcionaron. Fueron inutilizadas desde dentro. Los atracadores conocían hasta los nombres y apellidos de las gentes. Las caracterizaciones, las mismas. Los golpes, inteligentes. La norma, el terror. Siempre un rehén... ¡Y una bestialidad en la tortura! En todos los casos sabían exactamente el dinero que iban a llevarse. Según todos los testigos, enorme tranquilidad en los atracadores. Posiciones estratégicas, casi militares, cubriendo cualquier eventualidad. Quienes vieron los ojos a esos hombres, no los olvidan. ¡Miradas de fiera! ¡Cruelles, implacables!

—Deducciones, Baker.

—Trabajé a los empleados más recientes. Sin éxito. El soborno, sin embargo, pudo efectuarse a cualquier nivel, aunque no lo creo. Veo que en estas cuartillas —las nuevo— incluyes nombres y direcciones de las personas vinculadas a los transportes de dinero. Seguiré ese rastro. ¡Estoy por completo a oscuras, sin ninguna pista, sin saber por dónde caminar! ¡Fallaron los informadores! ¡Falló todo! ¿Tienes alguna idea, Vincent?

La pregunta desasosiega a mi jefe.

—Ninguna. Tampoco hay huellas, y lo curioso es que nadie menciona guantes en las manos.

—Ya lo advertí —me vuelvo a Trintignant—. ¿Puedes decirnos algo, 009?

Hodgkin se muerde los labios. Niega con el gesto.

No quiere hablar, tal vez porque teme que, al abrir la boca, se le escapen las frases amables que me dedica mentalmente.

—Me molesta que nadie se divierta mientras yo trabajo, Robert. ¡Pienso que hoy robaste el dinero a los contribuyentes! En otras ocasiones, cuando las cosas discurren con normalidad, los lunares de tus... prójimas me preocupan poco. Ahora, sí. Voy a darte un plazo generoso. Dispones de tres días para conseguir una pista, algo positivo. En caso contrario, encargará a otro de la investigación y tú estarás a sus órdenes.

—¿A Trintignant, por ejemplo? —me burlo.

—¿Por qué no? Al menos, no descuelga nadie el teléfono de su casa y le encuentro siempre que le necesito.

Soy feliz. ¡Mucho!

Bebo el *whisky* de un trago. Contemplo a mi jefe, y a Hodgkin, que lo pasa en grande, con ternura cocodrilesca, y me pongo en pie.

—¿Algo más?

Lubbok y Trintignant se incorporan también.

—No —dice el comisario, apurando la bebida.

—¿Y tú, talentoso?

Hodgkin se me ríe en la cara.

—¿Yo, chatito? Mira.

Vierte el *whisky*, muy despacio, sobre la alfombra. Después, simula que se le cae el vaso.

—Lo siento, genio. Resbaló.

Estoy tragándome mi propia medicina. Yo me he comportado así

en no pocas ocasiones... ¡y hasta me he creído ingenioso!

—¡Tres días, a partir de ahora! —me repite Vincent—. ¡Ni un segundo más!

Tomo el informe, que me entregara mi jefe, y busco en él algo que me llamó la atención al echarle una rápida mirada: Un nombre y una dirección.

Puede tratarse de una coincidencia, pero...

Meto los folios en la carpeta y, maquinalmente, oprimo con el antebrazo izquierdo la funda axilar.

Soy como un pez en el asfalto.

Como un caballo cojo en el Derby.

Oigo la puerta, al cerrarse.

¡Malditos sabuesos!

Me serena un nuevo latigazo de *whisky*.

Violet y sus curvas me esperan. ¡Pobre! ¡Va a salirle musgo en las posaderas!

Con tan delicado pensamiento, me dispongo a efectuar una visita que, a ciencia cierta, será inoportuna.

La primera luz en mi camino.

Demasiado fácil, sin embargo.

Tanto que...

CAPÍTULO IV

La casa es de las típicas de clase media poco acomodada. Una más de las miles que convierten Brooklyn, el justamente llamado «dormitorio de Nueva York», en un hormiguero inhabitable, en un bosque de cemento, hierro y ladrillo en el que los niños, a falta de parques suficientes, juegan a derribar los cubos de basura y a policías y ladrones por las alcantarillas... ¡Lo lastimoso es que casi todos, o gran parte de ellos, se quedan en lo segundo!

Mientras asciendo por una estrecha escalera pienso, con optimismo, en la admirable administración de mi país, cuna de la libertad, en los *ghettos* para negros, en los cientos de miles de millones que se invierten en armamento para ser los más machos y, democráticamente, eso sí, meter las narices y enredar en todos los países del mundo, mientras a la niñez y a la juventud les faltan ambientes sanos, climas adecuados...

Huele a pescado frito, a coles hervidas, a cuartos de baño poco limpios.

Oigo berrear a un niño, una radio a todo volumen y los gritos de un matrimonio que se piropean con el mejor estilo.

Sí. ¡Conmovedor y edificante!

Llamo a una puerta con los nudillos. El timbre no funciona. ¡Hay tantas cosas que no funcionan en los super Estados Unidos de América!

Espero y...

Se abre la hoja de madera que da acceso a la vivienda, y no veo a nadie. Tengo que bajar mucho la vista para descubrir a una niña que no tendrá por encima de los cuatro años, delgada, menuda, pero con un rostro gracioso.

Me mira.

Desaparece la fiera que hay en mí.

En cada niño nace la humanidad.

Un médico, humanista, filósofo, escribió, hace muchos años, que el adulto debe guardar ante el niño, por pequeño que sea, el mismo respeto que ante su Dios.

—¿Cómo te llamas, guapa?

—Issa, señor.

No ha titubeado. Una chica despierta, de ojos muy grandes y negros, que se tutean conmigo, con mi sonrisa. ¡Lástima que la niña crezca para convertirse en mujer!

No soy antifeminista, pero pienso que las mujeres son criaturas encantadoras que se quitan el corazón con la misma facilidad que un guante.

—Issa, ¿qué más?

—Issa Rossini. ¿Y tú?

—Él se llama Robert Baker, hija... y es un viejo amigo al que esperaba... Bueno, a él o a cualquiera de su grupo.

Alzo la mirada, limpias las pupilas de ternura. Ante mí, un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, corpulento, con rostro de exboxeador.

—¡Hola, Henry! ¿Dispuesto a acompañarme?

—Dispuesto a lo que quiera. Sé que no me queda otro remedio más que someterme.

Nadie crea, y lo digo yo, Robert Baker, inspector federal, en eso que ven en el cine y en la televisión. Los derechos civiles, el respeto al ciudadano, la necesidad de mandamientos judiciales, de órdenes de detención y demás monsergas. Está escrito, sí, pero...

Somos los especialistas del tercer grado, y a veces aplicamos el quinto; hay leyes que permiten a los federales detener por las buenas o por las malas; hay registros humillantes en plena calle, de cara a la pared, con las piernas abiertas y las manos en alto...

Voy a tener una mala noche. Lo sé. Me ocurre siempre que me acuerdo tanto de mis clásicos, y uno de ellos, un tal Aristóteles, que no era tonto, dijo que las leyes son como las telas de araña, sirven para retener a las presas débiles y dejan escapar, porque las rompen, a las grandes, presidente Nixon y sus muchachos, incluidos...

—Podemos hablar en tu casa, si me invitas a entrar.

—Usted manda.

Es razonable Henry Rossini. Siempre lo fue. Hasta cuando le

pillé acariciando la caja de caudales de una joyería. Pasaba por allí casualmente, que yo no me ocupo más que de peces gordos. Extendió los brazos para que le esposara. Sin resistencia.

No tenía antecedentes penales y le cayeron seis años. Cumplió tres y estuvo otros tres en libertad vigilada, sin reincidencias. Supe, más tarde, que quiso garantizarse el porvenir de golpe, harto de ser saco de arena en los gimnasios, frustrada la que prometía brillante carrera pugilística por los manejos de unos pandilleros al amparo de la ley...

Pasó hace muchos años, cuando yo era agente a secas y me iniciaba como federal.

No lo he olvidado. No olvido ninguno de mis casos, por insignificantes que sean, que la memoria es un escribano que vive dentro de cada hombre.

Sí. Repito. Una mala noche. Mis filósofos me persiguen más que de costumbre.

El pasillo, breve, desemboca en un pequeño *living*, modesto, pequeño, pero muy limpio y confortable, con esos detalles en los que se adivina la mano de una mujer-madre.

Una aclaración. Mujer-madre no es mujer. Que las mujeres son más que los ángeles cuando son madres. Así de hermoso. Y así de cierto.

—Sentémonos, inspector, si le parece.

Me acomodo en el diván de un tresillo, y Henry lo hace frente a mí, en uno de los butacones. La tapicería está raída, pero huele a limpia.

La niña, Issa, se acurruca junto a su padre y me contempla. Adivino miedo en sus ojos.

Lógico. Cuando trabajo me olvido de sonreír.

Ofrezco tabaco a Henry. No lo acepta.

Termino de encender un cigarrillo y me pongo en pie, como impulsado por un resorte.

Acaba de entrar una mujer-madre. Treinta años no cumplidos. Bonita y honesta. Asustada, también.

—¿Pasa algo, Henry?

—Lo que nos temíamos. Ya te lo anuncié, Issa. Cuando se cae una vez, no hay manera de levantarse. Si se necesita un culpable, se busca siempre entre los exconvictos. —Me mira, sin encono—. Son

las normas, ¿no? Es mi mujer. Tenemos otro hijo, de pocos meses. Él es Robert Baker, el hombre que me encerró.

Conozco a las señoras. No me sorprende el silencio de la recién llegada, un silencio pleno de dignidad, de amargura. Al fin, inquiere:

—¿Qué desea de nosotros?

—Hacerle a Henry unas preguntas.

Sigo en pie. Ella me invita a sentarme, con el ademán, y lo hace junto a su marido.

El matrimonio y la niña forman un cuadro perfecto.

Adviento que hay amor entre ellos.

—¿Qué sabes de ese atraco, Henry?

—Nada. Aparecieron de improviso. Yo era uno de los que cargaban las cajas y tuve que tirarme al suelo. Por fortuna, no me eligieron de rehén. —Se lleva la mano a la nuca—. Todavía me duele la cabeza. Pegaron fuerte.

—Tuvieron información desde dentro.

—Sí. Lo pensé. Iban sobre seguro.

—¿Por eso me esperabas?

—Por eso.

No hay disculpas; ni protestas de inocencia. Sólo resignación ante lo irremediable.

—¿Qué tiempo llevas en ese trabajo?

—Cinco años y medio. Sin un fallo... y sin propósito de tenerlo. Cometí un error, lo he pagado y ahora soy feliz. —Sonríe a su mujer y acaricia el cabello de la pequeña—. Era feliz.

Me pongo en pie.

—Seguirás siéndolo, Henry. —Le tiendo la diestra, que él, sorprendido, acepta—. Nadie volverá a molestarte. Quiero pedirte un favor. Si descubrieras o sospecharas algo, llámame por teléfono. ¿Lo harás?

—Sí, señor Baker. ¡Esos miserables no merecen vivir! ¡No son malhechores, son carniceros!

—Gracias.

Llevaba años sin pronunciar esta palabra, tragándomela cada vez que acudía a mis labios. Ahora, ha surgido como de golpe.

—Gracias a usted.

Issa, madre, se ha erguido. Es mucho más hermosa de lo que me

pareció en principio.

La niña me tira de los pantalones, y me saca de la contemplación de la mujer.

—¿Me das un beso?

Lo hago y me conmuevo.

Aprieto el paso, para que no se me note que soy un ser humano. Ya en la puerta, miro a Henry a los ojos.

—Si alguien te molesta, no dudes en acudir a mí.

No escucho más palabras. No quiero oírlas; pero sé que me bendicen labios femeninos.

Ya en la calle, inspiro profundamente el aire de la noche.

De nuevo a ciegas.

Y dispongo de tres días.

Tres días menos setenta y seis minutos.

Subo al «Aston Martin» y, por teléfono, me pongo en contacto con el departamento.

Me dan una noticia, y vuelo en dirección al muelle 13, en Manhattan.

Chirrían las ruedas de mi coche al detenerse al tiempo que lo hace un automóvil de la Metropolitana, del que descienden Lubbok y Trintignant. Detrás, en una patrulla, varios miembros de la Metropolitana.

Nos miramos.

—La nota dice un almacén abandonado, al final de la segunda hilera de naves —comenta mi jefe.

Caminamos los tres, en silencio. Falta Petermann para el cuarteto. Dirige un grupo de federales en un trabajo de chinos, sin resultados hasta ahora.

Nos detenemos ante un gran portón. No está cerrado por completo. Hay una abertura que permite el paso de un hombre.

El comisario, con una linterna en la diestra, es el primero en entrar. Le sigo. Oigo a Hodgkin a mi espalda. También lleva en la diestra un potente foco de luz.

Lejanas, suenan las sirenas de dos barcos. Distintas tonalidades. Un perro aúlla, muy próximo.

Fuera de eso, el silencio es sepulcral.

Las linternas buscan. Sólo iluminan paredes carcomidas por la humedad y un suelo que fue de cemento y que se deshace bajo

nuestros zapatos.

No hay nada a nuestros ojos; pero la nave es muy profunda.
Avanzamos.

Salvo las luces que portan mis compañeros, la oscuridad es absoluta.

Huele a humedad. A detritus.

Un sitio ideal para convertirlo en retrete de vagabundos.

—¿Seguro que es el sitio? —pregunto a mi jefe.

—Sí. No hay otro almacén abandonado más que éste en todo el muelle.

Seguimos caminando. Muy despacio, atentos a cualquier contingencia. ¡Qué fácil ametrallarnos a placer desde cualquiera de los rincones!

Nadie nos sigue. Los de la Metropolitana, lo sabré más tarde, han rodeado la gran nave.

Moto espesa la saliva. Tensos los músculos. Loco el corazón.

Mi diestra roza la culata del 33, aunque me consta que no voy a necesitarlo.

Es una actitud instintiva.

Primero es una intuición... Luego, un leve sonido tenue, monocorde, que aumenta conforme nos adentramos más y más en la nave.

«Clok... Clok... Clok...»

La luz que porta mi jefe ilumina una cañería en uno de los laterales y un grifo metálico, mal cerrado, que deja caer unas gotas de agua en un gran recipiente metálico.

El aullido del perro vuelve a oírse más próximo. Se prolonga como el lamento de un agonizante.

Me estremezco. ¿De frío?

Hay mucha humedad en la zona de los muelles y más aún en la abandonada nave.

Seguimos caminando.

Pronto llegaremos a la pared opuesta.

Las linternas barren el suelo, trazando amplios arcos. Sucede de pronto.

—¡Allí! —exclama Trintignant.

Hay un bulto en el suelo, una zona más oscura.

Nos aproximamos con rapidez, deteniéndonos de golpe, con los

estómagos en la boca.

Las dos luces convergen sobre el cuerpo de un hombre cubierto por una masa oscura, que ondula y se mueve.

—¡Ratas! —exclama mi jefe, comprendiendo—. ¡Malditos cobardes!

CAPÍTULO V

El informe del forense no deja lugar a dudas:

—Le devoraron vivo. No hay ninguna herida de bala o cuchillo, salvo las mutilaciones de los roedores.

Había huellas de pisadas en los laterales, a escasa distancia del muerto, huellas extrañas, indicadoras de contornos, del peso de personas, pero sin relieves de goma o suela.

He visto las fotografías antes de trasladarme al depósito.

—Mal asunto, Baker —vuelve a decirme el forense—. Esos criminales están locos. Jamás conocí un sadismo semejante.

Asiento, en silencio, y paso indiferente junto a otros cadáveres, tendidos sobre mesas de mármol, que esperan ser examinados antes de que los introduzcan en «la nevera» para su entierro o para pasar a la mesa de disección de cualquiera de los centros de enseñanza.

Son las tres de la madrugada cuando subo, una vez más en la noche inacabable, a mí «Aston Martin».

Introduzco la llave de contacto... y no llego a girarla.

La idea fugitiva, que tantas veces intentara apresarme asalta, como una llamarada.

Es tan disparatado, tan absurdo, tan macabro lo que se me ocurre que cierro los ojos y muevo la cabeza de un lado a otro, negando mis propios pensamientos.

Pero...

Los datos se acumulan y llegan a obsesionarme.

Por muy demencial que resulte lo que pienso, puede ser cierto... Además, es la única pista lógica —¿lógica?— a seguir.

Entro de nuevo en el depósito de cadáveres, pido algo al forense y éste, luego de una breve duda, va a un armario metálico, toma un estuche metálico y una caja de ampollas y me lo entrega.

—¡Cuidado, Baker! —me advierte—. ¡Eso es peor que la dinamita en manos de un leguleyo!

—Lo sé, doctor.

Me trago el gracias. Dos veces en una misma noche sería excesivo.

Vuelvo al coche y marco un número telefónico.

Cuento los timbrazos. Al séptimo una voz amistosa, ininteligible para cualquiera que no fuese yo, dice:

—¿Quién es...? ¿Quién llama?

—Soy Caperucita Roja en busca del Lobo, Jimmy —respondo—. ¿Dormías o meditabas?

La respuesta es propia de un sargento senegalés de la vieja escuela.

Tras el desahogo, que comprendo, la voz se aclara al otro lado del hilo.

—Llevo cuarenta y ocho horas sin pegar ojo y acababa de dormirme.

—Acababas —bromeo con el mejor estilo—. Bien dicho. Hay algo que quiero que hagas por mí... ¡y ahora mismo!

—Llevo setenta y tres interrogatorios controlados, diecisiete hechos por mí mismo y...

—Sigue con ese trabajo. ¡Te dará mucha cultura! Quiero que vayas al cuarto de baño, que sueltes el chorro de agua fría, que estés un ratito debajo, te vistas y te dediques a incordiar al prójimo.

—¿No puede esperar a mañana, Robert? ¡Me duermo de pie!

—Te dormías, porque vas a abrir mucho los ojos... ¡Vamos, Petermann! Vives como un señor, tratando a gente de la Banca y aún te quejas. Quiero información completa sobre una persona. Dónde nació, cuándo la destetaron, qué hizo minuto a minuto, en qué trabaja, el dinero que tiene, la fecha en que le salieron las muelas del juicio... Con el mayor secreto, ¿entendido? Apenas sepas algo, me llamas a los ficheros generales, a casa o al teléfono del coche. ¿Comprendido?

El sí afirmativo es propio de un moribundo.

Le digo un nombre y un apellido y arranco, con millones de posibilidades bulléndome en el cerebro.

Voy a casa.

Entro, muy despacio, y me quito los zapatos en el vestíbulo.

Avanzo con sigilo hasta mi dormitorio. Lo abro y a través de la leve luz que proyecta en la habitación un letrero luminoso,

intermitentemente, veo algo que a cualquier mortal le haría subir por las paredes.

Violet Dengali, a quien le entregué una llave junto con el puñado de billetes al enviarla al club a una espera interminable, duerme sobre la colcha.

Lleva, es un decir, la bata vaporosita, y tiene una postura de lo más felinamente seductora. Además...

—¡Calla, Robert! —me reprocho—. ¡A las ancianitas venerables le gustan tus historias, pero se escandalizan mucho!

Pongo sobre la mesilla el estuche que me entregara el forense, empapo una gasa en algo y se la acerco a la fémia a las narices. Permanezco así unos minutos, con suma delicadeza. Noto que el sueño de Violet es más profundo porque su respiración, algo agitada —¡sin duda soñaba conmigo!— se sosiega.

Preparo un magnetofón, cuyo micrófono hago descansar sobre la almohada y doy la luz del portátil, sólo unos segundos, para clavar una aguja hipodérmica en su vena, a la que adoso una jeringuilla llena de un líquido. Sobre el que se ha especulado mucho y falsamente. Es, para que todos lo entiendan, el llamado «suero de la verdad», que no hace milagros más que en contadas ocasiones, cuando se produce el transfert entre inyectado e interrogador.

Apago la luz. Ya no me hace falta.

Comienzo a introducir el líquido lentamente, mientras hablo, suave la voz, de terciopelo casi.

—Violet... querida... Violet... Ya he vuelto... Para estar contigo...

Apliqué demasiado éter, y he de esperar a que se le pasen los efectos.

Al fin, se agita y me responde, rezongona, sin saber exactamente lo que le ocurre...

Pregunto y calla.

Pregunto... y responde a medias... mal... a la defensiva...

Insisto...

Una y otra vez, con paciencia benedictina...

Dice frases incoherentes... Palabras sueltas... Sin sentido...

Le acaricio las sienes, las mejillas... Le hablo cada vez con mayor dulzura...

Estoy tentado una y otra vez de desistir...

Apenas si he conseguido un mínimo transferí... No obtengo nada... Dudo...

Vuelvo a la carga... Sin éxito...

¡Qué fácil lo ponen todo los escritores de novelas policíacas y de misterio!

El suero de la verdad no es fulminante ni espectacular. Los fracasos son muy numerosos...

Como ahora.

Pienso, y se me llena de hielo el corazón, que disparé al azar. Me consuela la idea de que debo agotar todas las posibilidades, hasta las más absurdas.

Vuelvo a la carga una y otra vez hasta que intuyo que ella puede recobrar la plena conciencia en cualquier momento y abandono la alcoba.

¡La noche es joven!

Me calzo y en el «Aston Martin» me dirijo a los ficheros generales del FBI.

Estoy allí hasta la madrugada, volviendo loco al personal de servicio, buscando una aguja en un pajar.

Muchas veces me repito que es absurdo lo que pretendo y hasta lo que sospecho, pero el recuerdo de las ratas hormigueando sobre un cadáver, devorando a un hombre vivo, me sostiene en el empeño...

Separo una docena de fichas, mando hacer fotocopias y me dispongo a enfrentarme a algo muy peligroso, tanto que si hay alguna posibilidad en mis hipótesis descabelladas, puedo ser comido por las ratas o torturado salvajemente.

Vuelvo a mi piso.

Necesito una ducha. Cambiarme de ropa. Oír lo grabado. Esperar.

Dejo el automóvil en el garaje del sótano... y prescindo del ascensor.

Todas las precauciones serán pocas en un futuro.

Deliberadamente, me he puesto «en la cruz».

Abro la puerta, muy despacio, con infinitas precauciones, en la diestra el 38, y entro en el piso, deteniéndome a oler.

Tengo un olfato muy fino, capaz de identificar la carroña a mil millas de distancia.

El aroma es a perfume, pero muy débil, lo que me hace pensar...

Echo la cadena de seguridad, registro palmo a palmo las habitaciones y compruebo que un ciclón desmadrado lo asoló todo.

Mi alegría es inmensa al ver los cajones por el suelo, la tapicería de los sillones desgarrada, el colchón destripado... Todo revuelto.

Registraron la casa a conciencia, como profesionales.

¡Ah! La grabadora no aparece por ningún sitio. Tampoco Violet.

Reviso las ventanas y me cercioro de que no van a poder sorprenderme.

Invierto más de media hora en ducharme y en vestirme de nuevo.

He de estar presentable para una cita importante: con el horror.

Voy al teléfono y compruebo que alguien lo ha manipulado hábilmente.

Vuelvo a leer las fotocopias de las fichas. Una encaja por completo ya. Quizá dos.

Las destruyó, prendiéndoles fuego en un cenicero de metal. Luego, descuelgo el auricular, marco el número de la oficina del FBI y me pongo al habla con...

—¿Lubbock...? Sí... Tengo una pista formidable... ¡Sé quiénes forman esa pandilla de gorilas rabiosos y voy a cazarlos yo solito...! Tus órdenes me traen al fresco.

¡Me basto y me sobro para acabar con ellos! Quiero que me asciendan a comisario para no escuchar más ni tus gritos ni tus estúpidas órdenes. Te los llevaré ataditos codo con codo... ¡Ah! ¡Ten preparadas cinco camisas de fuerza!

Cuelgo. Ya es suficiente.

A partir de este momento mi vida no vale un centavo.

Tal vez se conformen con liquidarme a distancia, en cuyo caso... Debo cubrir esta eventualidad...

Pediré que mis funerales sean solemnísimos... Quizá hasta acuda el propio presidente. ¡Y estará muy honrado con hacerlo!

Salgo a la calle. Los minutos son preciosos.

Miro a derecha e izquierda y compruebo que...

Paro un taxi.

—¿Dónde le llevo?

—Al lugar en el que esté más embrollado el tránsito... — advierto el rostro de asombro del conductor, le enseño mi carnet de

federal y le doy diez dólares monos... al menos a él se lo parecen, a juzgar cómo sonrío—. Quiero dar esquinazo a unos prójimos que desean hacerse un abrigo de visón con mi piel.

—Comprendido, jefe. ¡Fui sargento de marines! ¿Quiere que les demos un vapuleo entre los dos?

—Quiero perderles de vista, que no es poco.

—Eso está hecho.

Arranca como si condujera un *jeep* militar en pleno bombardeo.

Miro hacia atrás y compruebo que un vehículo me sigue, muy lejos, porque la maniobra rapidísima del taxista le cogió a contrapié.

Mi sargento de marines da la impresión de haber enloquecido. Hace la pescadilla con el mejor estilo, se cuela por espacios inverosímiles, gira a la izquierda en zonas prohibidas en el último segundo y termina metiéndose en el fárrago de coches de Broadway Avenue.

—Están listos, jefe. De todas formas, nos aseguraremos.

Frena, acelera, brinca, casi salta y se mete en el aparcamiento de la Estación Central, diciéndome:

—Voy a parar. Aproveche y salte. ¿Lo hice bien?

—¡Fabuloso! Tome. Se lo ha ganado.

Hago una pelota con varios billetes, se la tiro, abro la portezuela y cuando reduce la velocidad, me apeo.

Imagino la cara de asombro que pondrá el taxista cuando advierta que los billetes arrugados suman cerca de quinientos dólares. ¡Es lo que llevo siempre de cambio, para propinas!

Hay tanto lío en la zona de vehículos de la estación inmediata al *parking*, que nadie ha reparado en mí.

Me sitúo en una zona oscura, al amparo de una columna.

Espero unos minutos, atento a la menor eventualidad.

No veo a ningún sospechoso y me dirijo a una parada de taxis. Subo a uno de ellos.

Un tipo estirado, que apenas si me mira, pregunta:

—¿Lugar?

Se lo digo.

Después de mi sargento de marines, me cae gordo este fulano.

Me hundo en el asiento, no deseando que ninguna mirada indiscreta pueda verme desde el exterior y segundos más tarde, nos

incorporamos al tránsito rodado.

Pienso tan intensamente, que me duele el cabezón.

Sí. Estoy rematadamente loco... Pero...

Escucho las mismas palabras de mi jefe...

—¡Eres un completo anormal! Tus planes son suicidas. ¿Por qué no cazaste a los que te seguían? Les habiéramos interrogado a tu estilo —sonríe con ferocidad— y nos habrían contado hasta dónde tienen los lunares todas las cupletistas de los clubs nocturnos.

A veces, Lubbok me cae bien. En especial cuando habla mi lenguaje.

—No eran ellos. Gente de poco pelo. Hasta es posible que se trataran de detectives privados, a los que contrataron por teléfono... No hay que asustarles. ¿Habéis comprendido bien?

—¡Sí, y me niego a secundarte! Sigamos los métodos habituales y...

—... Y perderemos una semana, o dos. Hasta es posible que se larguen, si se ven acorralados. No. La llamada que os hice tenía un único objeto: hacerles creer que soy yo sólo el que conoce la verdad. Si me cazan se sentirán seguros.

Jimmy Petermann y Hodgkin Trintignant permanecen silenciosos. Es Vincent el que grita por todos.

Me le encaro, con mis peores modales:

—¡No hagas más teatro, jefe! Sabes de sobra que lo que te propongo es el camino recto, el más rápido, el mejor. Si ahora me echara atrás y aceptara tus consejos tradicionales, sentirías una enorme decepción. ¡Resultados rápidos! Eso es lo que me pediste, lo que te ofrezco y lo que, en el fondo deseas, ¿no es así?

Me mira, grave el rostro.

—Nunca llegarás a comisario y si lo consigues, durarás poco en tal grado. Aún no me explico cómo sigues de inspector. Será como tú dices. Conviene, de todas formas, que repasemos el plan para que no cometamos ningún fallo.

Lo hacemos minuciosamente.

Cuando ya no hay dudas, Jimmy, el mejor, el único al que considero realmente mi amigo, me ayuda a prepararme, como si fuera mi noche de bodas.

Tardamos media hora en convencernos de que todo funcionará bien, y salgo por una puerta lateral, luego de cerciorarme de que

nadie vigila la calle.

Camino, despacio, con el secreto deseo, que venzo, de prolongar
la hora de mi cita con el horror...

CAPÍTULO VI

Ya es de noche.

Estrujo la funda de mi segundo paquete de cigarrillos en unas horas, lanzándolo como una pelota sobre uno de los rincones.

No es agradable para mi permanecer en el apartamento, porque no me he molestado en corregir el desorden que mis visitantes produjeron, después de que hube sometido a mi dulce gatita al tratamiento del «suero de la verdad».

De acuerdo con el plan, me ha llamado Lubbok por teléfono para ordenarme que vaya a verle inmediatamente y recordarme que debo actuar en equipo. Yo le mandé al diablo, con los peores modales.

No todo es teatro. Lo es la llamada. No el tono de voz de ambos.

Me arreo un último latigazo de *whisky* y me dispongo a salir de la casa, rumbo al matadero.

Para dar mayor verosimilitud a lo que ellos imaginan, me dirijo en mí «Aston Martin» al club en el que encontré a Violet Dengali. Tengo la certeza de que no la encontraré allí... y me equivoco.

La veo apoyada en el mostrador, ante un doble de *whisky* seco, sin hielo ni zarandajas.

Parece abstraída, pero yo sé que mira la puerta de acceso al local con el rabillo del ojo, y que me ha descubierto nada más entrar, pese a que aparenta ignorarme.

Bebe, muy en vamp y espera a que me sitúe a su lado y la salude con un «¡Hola, querube!», para responderme:

—¡Oh, Robert!

Pretende dar a su voz un tono de ternura, pero sólo le sale un gritito cursi.

Empieza la representación. Pongo cara de Pato Donald e inquiero:

—Vine a que me explicaras lo que ocurrió en el apartamento.

Vamos de zorro a zorra.

—No te entiendo, Robert. Me levanté muy mareada y como no había nadie en la casa, me fui a la mía, a cambiarme de ropa. ¿Ocurrió algo?

—Entraron unos salvajes y lo destrozaron todo, nena. Los caballos de Atila desmelenados, y cien millones de elefantes, no hubieran producido más estragos. ¿De verdad no estabas?

—No, Robert. No sé de qué me hablas.

—¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo? ¿Tan poco valgo como hombre? Yo no pude hacerlo porque no sé dónde vives. Vine a buscarte aquí a una hora propicia, a la misma en la que nos vimos por vez primera.

—Pasé todo el día medio enferma, durmiendo a ratos y con terribles pesadillas. En algunas, tú eras el protagonista.

—Cuéntame esos sueños.

—Son muy confusos. Me dabas a oler algo extraño, me pinchabas en un brazo y me hacías muchas preguntas... muchas... ¿Fue cierto, Robert?

Inclino la cabeza, como apesadumbrado.

—Sí.

—¿Qué pretendías?

—Conocerte a fondo, saber tu pasado... ¡Soy terriblemente celoso, y no quiero que mi esposa tenga secretos conmigo!

Eso no se lo cree ni yo. Mi dulce fémina atipla la voz, en un vano esfuerzo por mostrarse conmovida.

—¡Oh, Robert! Pudiste preguntármelo.

—Nunca me lo hubieras dicho todo.

—¿Qué me pusiste?

—Él suero de la verdad, pero... ¡ni pío! Eres hermética, cariño.

El nuestro parece, lo es, un diálogo para besugos. Ella no tiene más remedio que seguir mi juego y contestar con tonterías a mis imbecilidades. Y yo, hacerme el bobo por completo, aun en la certeza de que Violet no me cree en absoluto. Tiene poco cerebro, pero no debo subvalorarla hasta tal extremo.

—¿Eres muy celoso, cariño?

—Tomo precauciones... —Muestro un poco más a las claras mi juego porque me estoy pasando de rosca y eso tampoco es bueno—. Soy federal, ¿sabes? A veces, las pandillas me echan señoras como

tú para hacerme morder el anzuelo. Nunca me importó. Me divertí con ellas, mantuve el pico cerrado... y si te he visto no me acuerdo... Tú eres distinta... A nadie le di una llave del piso. Quería tener la certeza de que no eras un cebo para que picara.

—¿Cómo podía serlo? Nos conocimos aquí y no sabía ni tu nombre. Estaba dentro.

No es verdad, pero asiento con el gesto. La vi entrar unos minutos después que yo. Para las señoras como ésta, tengo un olfato de perro perdiguero.

—Te esperaba, ¿sabes?

—¿Y si no hubiera venido?

—Te habría llamado por teléfono. ¡Vales mucho, Robert!

Sé que me hace justicia. ¡Soy el no va más, en fulanos!

—¿Te conté algo que no debiera? —vuelve a preguntarme.

—Ya te lo dije antes: ni pío.

—No es juego limpio el tuyo, querido. Te lo di todo, sin hacerte preguntas. Tú, en cambio... ¿Persigues algo gordo?

—¿Qué te hace pensarlo?

—Eso que me contaste: destrozaron el apartamento. ¿Me hubiera ocurrido algo de encontrarme allí?

—¿Quién va a hacer daño a una chica como tú? De todas formas, mejor que no estuvieras. ¿Por qué no me esperaste, sin embargo? Pudiste quedarte...

—No quise que me vieras enferma... Vomité varias veces... Una estampa poco romántica.

—El matrimonio tiene algo más que arrullos. También orinalitos y esas cosas. ¿Por qué no nos vamos de aquí?

Se le agrandan los ojos. Iba a pedírmelo. Yo me he anticipado.

Me duele saber lo que sé. Por eso me conmuevo al oír...

—¡Vete solo, Robert! ¡No puedo acompañarte!

Hay desgarró en sus palabras. Me consta que se juega el físico por mí, que su deber es engatusarme y entregarme a la pandilla de gorilas locos.

Procuró representar bien mi papel. Para ello pongo cara de marido a los diez segundos de haber dicho el sí.

—Ya no te dejaré nunca, querida. Pienso que todavía podemos ser felices.

Sus ojos se agrandan más. Me mira. Intuyo en ellos una lágrima.

—¡Es imposible! —exclama—. Estoy demasiado complicada con ellos y...

Calla, de pronto. Sé que no quiso decir tanto.

—¿Con quiénes, Violet?

—¡No importa! —Sé que ahora es terriblemente sincera y mi orgullo crece muchos palmos. Voy a responderle, pero advierto que uno de los camareros que atienden la barra se nos acerca mucho, y la tomo del brazo, llevándola a un oscuro rincón del club. Ella, al saberse a solas conmigo, insiste—: ¡Márchate, con el «Colt» en la mano! ¡Van a matarte! Yo tengo que...

Le pongo la diestra en los labios. La generosidad de Violet puede estropear mis planes. Si ella me previene cómo voy a...

—No dramatiques, querida. La vida de un

G-man

siempre está en juego.

—¡Te destrozarán, Robert!

No me queda más remedio que inquirir:

—¿Quiénes? ¡Habla claro! ¿No será que pretendes librarte de mí?

—No... Te mentí... Yo...

Sé lo que hay a mi espalda y celebro que se produzca. Me cuesta trabajo permanecer impasible, como si toda mi atención se concentrara en la mujer.

Quiero que mis enemigos piensen que no soy un hombre tan listo, para que se confíen.

El roce se repite. Y yo, para impedir que Violet se comprometa, hablo rápido, sin permitirle meter baza:

—Haré lo que me pides, cariño. Iremos juntos a mi piso y me olvidaré de todo lo que no seas tú. ¡No insistas más! Sólo contamos nosotros.

Me mira, con asombro. Al hacerlo, ve lo que me amenaza a mi espalda y palidece. Intuyo que no será capaz de contenerse y le impido que descubra su debilidad —¡lógica!— hacia mí.

—¡Eres extraordinaria! Por ti, me olvidaría hasta de mi carrera de federal.

Algo duro se clava en mis riñones.

—Tu carrera de federal ha terminado —oigo una voz detrás de mí—. ¡Quietecito o te hago un agujero de tamaño natural!

Alzo los brazos y una mano diestra me cachea, apoderándose del 38 y de la automática plana, que llevaba en el bolsillo lateral de la chaqueta.

—¡Mucha artillería! —comenta, burlona, una segunda voz.

—Cada uno hace lo que puede —respondo—. Os aconsejo que os larguéis, antes de que me enfade. Me llamo Robert Baker y...

—... Y eres federal... Un genio... ¡Nos conocemos de antiguo!

Inicio, muy despacio, la acción de volverme. Muy despacio... Y acierto en la cautela.

—¡Quieto! ¡Tiempo tendrás de verme... y de disfrutar de mi compañía! Sigue quietecito, cara a la sirena... Le hiciste caer en el garlito, Violet, como a un imbécil.

Celebro oírlo. Ello indica que la chica está a salvo de la ferocidad de sus compañeros de crímenes. No sucederá lo mismo con la ley...

No me consuela la idea.

Nosotros, los civilizados, no la descuartizaremos... No...

Si se prueba su complicidad directa con el grupo de carniceros —y el fiscal se ocupará de que ello sea así— una docena de hombres justos la condenará a muerte...

Semanas de juicio, sentencia... y el pabellón de condenados, sintiendo que cada segundo no vuelve, viendo cómo otros que esperan salen de sus celdas para no regresar, oyendo los gritos de los que son incapaces de dominarse...

Y así hora tras hora, día tras día... Con las falsas esperanzas de las apelaciones denegadas...

Hasta que una madrugada aparecen, el alcaide, el cura, los oficiales de prisiones y se inicia el camino lento, hasta la silla eléctrica.

Los preparativos son terribles. La entrada en el pequeño cuarto, el rapado de la cabeza para que los electrodos se peguen bien a la nuca y las sienes, las abrazaderas metálicas, el capuchón en torno a la cabeza para que no se vea cómo los ojos saltan de las órbitas al recibir la descarga...

Sí... La ley, ante la pena de muerte, es muy piadosa...

¡Qué asco da andar erguido!

—Te quedaste muy callado, Robert Baker... ¿Tienes miedo?

Ahora lo tengo. Tremendo. Pero me lo trago.

—Curiosidad por ver tu cara. Imaginaba quién eras... ¿Me dejas que adivine?

—Aquí, no. Es peligroso. Sal delante, sin volverte a mirar atrás. Nosotros te cubrimos con revólveres muy eficaces... ¡Y sabemos usarlos! Te sobrará tiempo para el asombro... ¡y para algo más!

Se me huela la sangre en las venas. Ese algo más significa ser devorado vivo por ratas, ser descuartizado, recibir múltiples heridas, ninguna mortal...

Me sitúo cara a la puerta, sin hacer nada por ver el rostro de los que me amenazan, quienes han girado al propio tiempo que yo, para no ser descubiertos.

Camino despacio...

Bebiera sentirme feliz, pero...

Junto a la ancha acera hay una furgoneta metálica. Las puertas de atrás están de par en par.

No hay ni un prójimo en las inmediaciones y lo celebro. Estos carniceros son capaces de cualquier cosa.

Apenas entro en el vehículo, alguien me sujeta con fuerza por la espalda y me tapan la boca con una gasa húmeda.

No me resisto. Sé qué es inútil. Además, no entra en mis planes.

Forcejeo, sí, lo necesario para que no sospechen.

Nada más.

Aspiro el éter y...

Antes de perder el conocimiento me digo, con pavoroso júbilo, que mi destino está trazado.

Di una cita al horror...

CAPÍTULO VII

Tengo frente a mi cinco rostros.

Nada más.

No veo cuerpos, ni la habitación en la que me encuentro. Nada.

Me horrorizaría, de no conocer el truco. Lo usé algunas veces en mi sexto grado de interrogatorio policíaco, ese que tanto escandaliza al puritano de mi jefe, Vincent Lubbok.

Se hace fácil.

Unos focos de luz, vestiduras negras... y cabezas que parecen flotar en el aire.

Dos son viejos conocidos.

—¡Vaya! —exclamo—. Peter Kolosimo y Louis Bergier...

Me duele mucho la cabeza. Todavía estoy aturdido.

Intento mover los brazos, calmar los calambres de mis hombros, pero compruebo que hay cadenas inmovilizándomelos, por las muñecas, a la espalda. Quiero retroceder unos pasos, en busca de mejor posición, que me libre de la luz que me enfoca de frente... Tampoco soy capaz de moverme. Hay grilletes en mis tobillos y éstos deben de estar sujetos a algo, sin duda a una pared.

—¡Buena memoria, Baker! Hace ya muchos años —me responde una boca desdentada.

—Llevabas tres escasos de federal cuando me ensucié las manos poniéndotelas encima, Peter. Por cierto, no te colgaron. Los médicos empezaron a enredar... los psiquiatras... Dijeron que eras un loco-sádico-irresponsable... Menos mal que antes te di un poco de masaje... ¿Eras tú el que escupías los dientes de dos en dos conforme te interrogaba, o era Louis?

—Yo. Nunca quise ponérmelos... y eso que el Estado me lo hacía gratis... Quise tener las encías desnudas, sin huesos artificiales... Cada vez que me pasaba la lengua por ellas me decía que no estaba lejana la hora en la que nos encontraríamos, Baker... ¡Es mi tumor!

Hay tanta ferocidad en las palabras de Peter Kolosimo, que me noto inundado en sudor en apenas una fracción de segundo. Intento bromear:

—Soy un hueso duro de roer para que un gusano como tú me clave los dientes... Es un decir...

—¿Lo dices por...?

—¡Calla!

Es Louis Bergier el que ha dado la orden.

¡Bergier! ¡Un angelito!

En su ficha se cuenta algo pavoroso, que espantó a todo el país, y que tuvo como escenario una pequeña granja, en los arrabales del municipio de Queens...

Simuló haber sufrido un accidente de automóvil y se le abrieron de par en par las puertas de una casa en la que vivían —¡vivían, en pasado!— un matrimonio con seis hijos, todas hembras, la mayor de diecisiete años y la menos de nueve.

Mató al padre de una cuchillada en la garganta, y luego...

Tres días debió durar aquello, con sus noches inacabables. La madre tenía las muñecas destrozadas de los esfuerzos por romper el alambre usado por el sádico. También, las dos hijas mayores...

Los detalles fueron...

Me llamo insensato... pero es tarde. Intuía que iba a caer en manos de Peter Kolosimo y de Bergier... o de otros de su calaña, como los tres que me contemplan, divertidos.

Si continuó en silencio, terminaré gritando, histérico, sin valor ni para sostenerme en pie.

Necesito hablar, ser el Robert Baker fanfarrón y suicida, al que todos conocen y, en justicia, admiran.

—¡Viejos amigos! —comento.

—Te equivocas —responde Bergier, suave la voz. ¿Hablarán así las serpientes?—. Con los otros, no tuviste nada que ver.

—Pero les conozco como la madre que les parió... No... Iba a cometer un acto de injusticia con las mujeres. Ellos, tú tampoco, ni Peter, no nacieron, no nacisteis, como las demás personas... Os encontraron en estercoleros, engendrados por ratas y bacilos de la peste... ¡Extraños híbridos!

Louis Bergier ríe... Es un decir.

De sus labios, finos, apenas dos rayas, surge un sonido silbante,

monocorde, viscoso si pudiera tocarse...

—Robert Baker, de profesión fanfarrón —exclama Peter Kolosimo, que también lo pasa en grande.

—Os demostraré que es verdad lo que afirmo. De izquierda a derecha, saltándoos a vosotros, infectan el aire Irwin Shaw, maníaco que mató a una mujer en Brooklyn, con una navaja de afeitar. Condena de muerte conmutada por prisión perpetua en el manicomio federal, a causa de la probada locura; Jacques Pauwels, ingeniero industrial, que asesinó a siete mujeres, antes de que le echaran el guante. Su especialidad: estrangulación con las propias manos. Ya sé dónde está el genio de las alarmas y esas cosas...

—¿Cosas como el micro que pusimos en tu teléfono? —Habla Peter Kolosimo quien, sin duda, tiene prisa por contarme cosas.

—¡Te he dicho que calles! —ordena Bergier, de nuevo—. ¡Soy yo el que da las órdenes!

Le brillan mucho los ojos a Kolosimo, pero se domina. Respeta a Louis.

—Sigue, Baker. Me interesa lo que dices.

—Poco falta. Tercero en la lista, Thomas Riverton, un mago de las finanzas...; tanto, que se pasó de rosca y arruinó a cerca de cien mil familias, haciendo quebrar la Banca semiprivada de la que era director y principal accionista... Se demostró, en el juicio, que hizo lo difícil, es decir, conseguir una quiebra casi imposible y sólo por el placer de privar de sus ahorros a quienes confiaron en él... Le salió mal el golpe, pues el Estado cubrió el déficit, se hizo cargo de la entidad y restituyó a los perjudicados; pero se procesó al culpable. ¡Loco de remate...! ¡Banquero! ¡Claro...! ¡Todo encaja! Debo deciros que de mis candidatos a carniceros oficiales sólo había dos seguros: Jacques Pauwels y Thomas Riverton... Pero lo curioso es que, ayer, los dos estaban encerrados en el manicomio en la penitenciaría del Estado de Nueva York... No lo entiendo.

Soy sincero en mi asombro. ¡Las cinco bocas se ríen! ¡Y de qué forma!

Peter Kolosimo, a carcajadas, ruidosamente, frenéticamente, demencialmente...

Louis Bergier, en silbido, como si una víbora se divirtiera o un cadáver echara, de pronto, el aire que tuviese almacenado en los pulmones.

Irwin Shaw se aprieta el vientre, con ambas manos.

Jacques Pauwels es el más moderado. Sus labios se distendieron, y permanecen sin variaciones, como una mueca.

Thomas Riverton parece un gallo de pelea. El regocijo le desorbita los ojos. Su rostro y sus manos se agitan, en exceso.

—Sí. Mi corazonada no me engañó, pero... ¿Va a servirme de algo?

Louis Bergier es el primero en serenarse.

—Estamos en un manicomio, Baker... Una especie de filial de la penitenciaría del Estado de Nueva York... A Thomas Riverton y a mí nos condujeron aquí, por buena conducta. —De nuevo surge su risa demoníaca sólo por unos segundos—. Además, los dos teníamos cadena perpetua y éramos una preocupación para el alcaide, al que faltaban camas. Ahora se ha puesto de moda que todos los abogados exijan el reconocimiento psiquiátrico de sus clientes... El gobernador accedió al traslado de los enfermos crónicos, incurables, a un viejo edificio, que habilitaron a tal fin. Encontramos a Riverton, Kolosimo y Shaw... La vigilancia es... Bueno. Mucho más suave que la de la penitenciaría y nosotros somos buenos chicos, intachables...

Otra vez las carcajadas y otra vez la intuición de que ésta será mi última aventura.

Yo también estoy loco. Nadie, en su sano juicio, se hubiera metido voluntariamente en una ratonera así.

Desaparece una cara de mi vista, y se enciende la luz.

En efecto, los cinco hombres llevaban guardapolvos negros, con capuchas.

Se los quitan y los cuelgan cuidadosamente en un gran armario de madera, que cierran de nuevo.

Estoy en un gran cuarto, con dos filas de literas en ángulo recto. Seis camas en total.

Una mesa de madera, seis sillas, dos lavabos...

Paredes desnudas, muy limpias. Pintura lavable.

Una fregona en un rincón. Una estantería en la que hay algunos libros y yo, con mis cadenas, sujeto a dos argollas metálicas de la pared.

—Bien —comento—. Me gustaría pensar en alta voz.

Cambio de postura, en la medida que me es posible. Peter

Kolosimo se me acerca mucho. Como por descuido, pisa mi mano izquierda, y hace presión con el cuerpo.

Retiro el brazo antes de que me destroce los dedos. El, con una burlona reverencia, brillándole los ojos de júbilo, me dice:

—Perdona, federal... Fue un accidente...

Me trago media docena de insultos. No es bueno provocar a una cobra con una flor. Si acaso con una metralleta y... Yo, ahora, no la tengo.

Cogen sillas. Se sientan en derredor mío, en semicírculo.

Me miran.

Les miro.

Cuatro palabras muy sugerentes para describir cualquier situación normal de la vida.

Aquí, eso no sirve.

Son diez ojos clavados en mí, sin parpadeos, hipnóticos en su fijeza... Ojos de lobos rabiosos, inyectados en sangre... Miradas de muerte... No. De muerte, no. De perversión, de sadismo, de una crueldad infrahumana...

Me esfuerzo en repetirme que no debo perder la calma. Tampoco odiarlos.

Son enfermos... Irresponsables...

Lo dijeron los médicos, salvándoles de la última pena.

¡Qué absurdo mantenerles con vida, a cargo de los contribuyentes, con el riesgo de que un día escapen y vuelvan a sus salvajadas contra seres pacíficos, de los que, con su trabajo, contribuyen a la grandeza del país y con el pago de los impuestos, hacen posible que fulanos así vistan y coman!

Mi razonamiento no se tiene en pie, entre seres normales. ¿Estoy mostrándome partidario de los hornos crematorios, de la selección de la especie, de la locura homicida de Hitler?

Tengo que evadirme mentalmente para no ponerme a gritar de pánico. ¡Y no se me ocurren mejores ideas!

—Dijiste que ibas a pensar en voz alta... y somos muy curiosos, federal.

Es Bergier el que habla, con una sonrisa socarrona en sus labios finos.

—¡Empecemos ya con él! —exclama Kolosimo, poniéndose en pie con brusquedad.

—¡Quieto, Peter! Hay tiempo para todo. ¡Siéntate!

Es una orden tajante.

Kolosimo duda unos segundos. Le cuesta someterse, pero lo hace. Sí. Louis es el jefe.

—Esta vez nos divertiremos en grande, amigos —habla de nuevo Bergier—. Nos encontramos ante un superman. Aguantará más que ninguno. Te lo dejaremos al principio, Peter; pero... Sin prisas. Antes... ¿Te crees muy listo, Baker?

—Soy capaz de afeitar un huevo. No me llegáis a los zancajos.

—Demuéstranoslo. Somos todo orejas...

Esta hiena tiene sentido del humor. ¡Lástima que piense ejercitarlo en mí, pateándome el hígado!

No llegué hasta aquí sólo para que me encadenaran. Ni siquiera para ponerles las manos encima a estos angelitos. Debo agotar todas las posibilidades para conocer la verdad. Si las cosas suceden como las imagino, hay fuera otras personas, a las que me gustará ponerles las garras encima... ¡Y no daré tiempo a que intervengan los psiquiatras!

De nuevo mis ideas homicidas, contrarias a los principios de moral y de justicia, a las leyes de derechos humanos... ¡Al cuerno con los teóricos que ponen medallas a quienes matan más y mejor en una guerra provocada por intereses económicos, lloran con lágrimas de cocodrilo y por los males que aquejan al mundo y salvan de la horca a criminales como los que me rodean...! No me hagan caso. Yo no tengo razón ahora.

—¿Te quedaste mudo?

—¡Tengo miedo, Louis!

Inicié la frase con tono burlón, pero la terminé angustiado.

—¡Miedo tú, el federa! Con más agallas que se ha conocido... —interviene, feroz, Kolosimo—. ¿Lo tuviste cuando me interrogabas a tu estilo, convirtiéndome la cara en una pura llaga? ¡Cómo te divertías viéndome escupir los dientes, después de cada golpe!

Se ha excitado en exceso. Si no le calmo, es posible que ni Bergier sea capaz de dominarle... y empiece la fiesta conmigo.

—Entonces pensaba en tus víctimas, Peter —respondo, suave la voz, procurando tranquilizarle, sin que lo advierta—. Hiciste una faena de la que se ocuparon todos los periódicos...

Se calma de pronto. El recuerdo de «aquello» le hace romper en

carcajadas.

—Sí que estuvo bueno —dice al fin.

«Aquello» fue la matanza de un grupo de jóvenes, entre catorce y dieciséis años, que hacían *camping* en las orillas de un río. Seis muchachos. A unos les produjo la muerte, ahogándoles. A otros, les degolló. Fueron los que tuvieron más suerte, porque con los dos últimos, chicas...

Lucho por contener mi maldito carácter y no escupirle mi desprecio, mi asco. Pero...

—Te dejaste cazar, Robert.

No es una pregunta de Bergier, sino una afirmación.

Le valoro. Es el más inteligente de todos.

—Sí —afirmo—. ¡Y picasteis!

Se miran. Sonríen. Sé por qué.

—¿Lo dices por esto? —inquire Louis, mostrándome mi abultado alfiler de corbata, en el que hay un diminuto vibrador oculto.

Asiento con el gesto.

—Jacques Pauwels lo desconectó en el coche, antes de que pusiera sobre nuestra pista a tus amigos. ¿Mala suerte, Baker?

—Muy mala —se me adelanta Pauwels, extendiendo la diestra y mostrándome algo que me eriza el vello—. ¡Muy ingenioso! Un zumbador para que lo descubriéramos y otro pegado entre dos dedos del pie izquierdo para que siguiera emitiendo ondas... Te hice un registro a fondo, desnudándote en el furgón. Sabíamos que eras una especie de cebo vivo para que picáramos. No te hicimos el juego, al cazarte. Nos lo hiciste tú a nosotros, poniéndote en nuestras manos...

Mis facciones deben haberse alterado bastante, a juzgar por cómo se divierten los cinco gorilas.

—Nadie sabe dónde estás, Baker... —Habla de nuevo Bergier—. Y ahora, ¿quiere contarnos algo o empezamos la función?

Debo hacer mi papel, ganar tiempo. ¿Tiempo para qué, si estos fulanos lo han previsto todo?

—¿Adivinasteis que yo descubriría el micrófono del teléfono?

—Sí. ¡No te menospreciamos como enemigo! Eso es algo que nunca debe hacerse... Tú, con nosotros, vas a aprender la lección demasiado tarde.

Inclino la cabeza, hundido, inquieto, angustiado, roto de pavor.

—Sí —musito—. Me comporté como un imbécil, pero...

Alzo los ojos. No permitiré que estos fulanos se sigan pitorreando de mí.

—Llegué al fondo de la verdad. Supe, tarde, pero lo supe, que Violet era una echadiza para vigilarme. Por eso le apliqué el suero de la verdad.

—¿Sin éxito?

—En parte. Ella no me confesó nada de nombres, métodos... Ni siquiera admitió su complicidad, pero hubo ambigüedades, resistencias, que me hicieron saber que mis sospechas eran ciertas, que alguien la puso a mi lado para que me espicara... o para que me llevara a una encerrona. ¡Os es muy fiel esa chica! —¿Por qué soy tan imbécil que quiero salvarla, a cualquier costa?—. No abrió el pico, en circunstancias en las que pocas hubieran callado. ¿Os llamó ella, al despertar?

—Sí; pero no hubiera sido necesario. Pusimos micrófonos en tu alcoba y éstos no los sospechaste. ¿No es verdad?

Me vuelvo a Bergier.

—Te contaré mis trucos antes de morir —respondo, esforzándome en mantenerme sereno y diciéndome íntimamente que debí adivinar lo de los micros en la alcoba, lugar de confidencias con las damas contratadas para eso—. Tú también eres un experto... a juzgar por la autopsia de las seis chicas y de la madre a las que apiolaste de mala manera... ¿Lo recuerdas?

Louis se muerde el labio inferior. Sus ojos se le agrandan y sus facciones se transfiguran.

—Eso es lo que me mantiene vivo. Quiero salir de aquí millonario... ¡para tener todas las mujeres que desee!

—Sí, pero... no te durarán mucho. Te gusta matarlas, ¿no es así?

—Lo haré de otra manera. Tengo mis planes. Elegiré chicas sin familia, de las que nadie se preocupe y...

No termina la frase. No es necesario.

Imagino que todos tendrán sus planes, y me digo que no debo permitirlo.

Contemplo mis cadenas. ¿Cómo?

—¿De quién fue la idea de tenderme esta trampa? —inquiero.

—En principio, de nadie; pero... Ibas a pensar en voz alta y no a

preguntarnos. Sabías los nombres de todos, incluso de aquéllos con los que nada tuviste que ver...

No debo agotar la paciencia de Bergier.

—Me encargaron de las investigaciones... Mientras mi jefe y los otros investigaban a cara descubierta, yo debía, en la sombra, emplearme a fondo y descubrir al grupo de asaltantes de Bancos... Confieso que el fracaso fue absoluto, en principio. La pista me la disteis vosotros: los rehenes mutilados. No eran muertes más o menos crueles, sino auténticos actos de... —dudo por aquello de provocar a la cobra con una flor, que pensé antes, tan bonito y tal— barbarie, salvajismo... —Me como la palabra locura, que en este repajolero mundo a nadie le gusta que le llamen lo que es—. Había otro dato: las alarmas no funcionaban nunca, pese a que no se alteraba el circuito eléctrico. Ahí estaba la mano de un experto de primera categoría —le doy jabón a Pauwels, y le hago engordar su vanidad—, capaz de hacer milagros con los voltios.

Hago una pausa. Parece que trago saliva, pero es otra mi acción.

—Descarté a los atracadores normales, gentes primitivas, incapaces de «delicadezas» como las que vosotros prodigabais a los prisioneros. Los hombres a los que buscaba eran... especiales... Distintos a todos... Alguien exclamó a mi lado al descubrir a una de vuestras víctimas: «¡Esto es obra de locos!»... —Thomas Riverton se mueve, nervioso, en la silla. No ha encajado la palabreja, como me temía, y me apresuro a rectificar—: Locos, no, me dije. Seres... excepcionales, con distintos cerebros. —Riverton se inmoviliza, con gesto satisfecho—. Hacía falta un técnico en electrónica y alguien muy familiarizado con las intimidades de los Bancos; pero, lo repito, nada vulgares...

Vuelvo a inclinar la cabeza, como si meditara profundamente lo que me propongo decir, y muevo de nuevo mi boca, desesperadamente, sin fe, lo que significa mi muerte si mis temores se confirman.

Me contengo a duras penas para no gritarles a la cara que la palabra locos, que evito, no puede aplicárseles, porque son bestias inmundas, peores que sapos...

—Busqué en los ficheros, agotadoramente, a esos indeseables que no respondieran a los cánones establecidos... Tu nombre fue el primero que me llamó la atención, Pauwels... Sí... Excepcional...

Luego fue Thomas Riverton, por su condición de banquero y las lindezas que figuran en su historia delictiva... Había algo que me desconcertaba: Estabais en el manicomio de la penitenciaría... —aclaro—. En las fichas no figuraba la componenda del traslado de lo que, si me dejais, pediría severas cuentas...

—No te dejaremos —afirmó Irwing Shaw, el más silencioso de todos.

—Eso temo...; pero es inútil lamentarse. Seguí con las fichas y separé varias más, entre ellas las vuestras... ¡Imposible! Estabais entre rejas...

Mis cinco ángeles de la guardia, que me oyen atentamente, se miran de vez en vez, con gestos aprobatorios, que yo traduzco como «somos unos tipos fuera de serie», «los más listos que parió madre», etc., etc.

—Confirmé vuestras situaciones. Salvo tres, que habían muerto, los demás erais huéspedes del Gobierno... ¿Os gusta el concepto?

—Veo que se te pasó el miedo, Baker —comenta Pauwels, cuyos ojos se han empequeñecido de pronto, lo que significa que su cerebro trabaja a gran velocidad.

Debo impedirlo y le respondo, rápido:

—¿Pasárseme el miedo? Tengo tanto, que ya casi ni lo noto... Confío en que hagamos un trato... Yo puedo garantizaros la impunidad y muchas más cosas, a cambio de la piel y...

—¡No sigas por ese camino! —me interrumpe Bergier—. ¡Es casi llamamos imbéciles! Apenas estuvieras libre... Además, por nada del mundo nos privaremos de «lo nuestro», ¿verdad, Kolosimo?

Peter crispa los puños y asiente con una fuerte inclinación de cabeza. La idea de tenerme a su merced le excita hasta ponerle al borde de un ataque de locura.

—De todas formas —continúo— estaba seguro de que alguno de los que figuraban en las fichas tenía algo que ver con los... crímenes... ¿Quién, si no?

—¡Buscabas locos y encontraste locos! —Vuelve a ponerse en pie Kolosimo, feroces las facciones.

—Ten calma, Peter, que ya termino. No habéis sido tan listos como suponéis. Dejasteis dos datos imperceptibles para cualquier otro que no fuese yo, un genio... Tres, mejor dicho. ¿No tenéis curiosidad por conocerlos?

—Sí —interviene Bergier—. Acaba de hablar. Es interesante oírte.

—Ya poco queda... ¿Contestaréis después a alguna pregunta? Hay cosas que no comprendo... No me gustaría morir con esas curiosidades...

—Quizá, pero... ¡Yo también empiezo a tener prisa por...! ¿Te describo lo que te espera?

—No hace falta. Ya vi a mis tres antecesores.

—¡Contigo, emplearemos técnicas nuevas! —Gruñe Kolosimo—. Estuve varias horas afilando esto.

Lo saca del bolsillo. Es un bisturí, que brilla bajo las luces de forma aterradora, al quitarle la funda que protege la hoja.

—Al principio no se notan los cortes, pero te echaré sal gruesa en las heridas... y ácidos... He preparado... abajo... algunas bromas interesantes... ¡Y una sorpresa! ¡Algo que te pondrá optimista, eufórico!

Me prevengo. ¿Abajo?

Miro al suelo, entarimado. Está muy limpio, sin huellas de sangre.

—¿Salís y entráis del... sanatorio cuando y como os conviene?

Bergier ríe una vez más.

—Sí. ¿Hay mejores coartadas que las nuestras? Cinco presidiarios, que ésa es nuestra condición y no la de enfermos, se hacen millonarios en el atraco a Bancos, sin salir de su encierro. Inaudito... ¿Llegaste a esa conclusión?

—Me costaba mucho aceptarla, pero... «Al menos, me dije, ellos intervienen de algún modo...». Además, primer dato increíble, nunca dejabais huellas y nadie se refería a los guantes al describiros. Los llevabais, pero no llamaban la atención... Eran, sin duda, muy finos, poco habituales... Junto al último de los cadáveres, el comido por las ratas...

—Original, ¿no? —me interrumpe Irving Shaw.

—¡Déjale que siga! —le ordena Bergier, muy interesado.

Le miro. Gano unos segundos más dándole jabón.

—Eres el más inteligente de todos. Te preocupa saber qué cabos dejasteis sueltos... para no incurrir en idénticos errores. Te haré el favor de decírtelo.

—No hay favor. Si callas, te lo arrancaremos del mismo modo.

¡Kolosimo es un mago con el bisturí!

—Hoy ensayaré algo distinto, Louis... ¡Será formidable!

A Peter se le cae la baba de gusto. Materialmente, es así. Babea como una hiena sarnosa ante el «hieno» de sus entretelas.

La punzada que noto en el estómago es tan aguda, que por un segundo, temo no poder soportarla.

Me encojo y aprovecho para mover la lengua dentro de mi boca hasta que casi me sangra.

—¿Decías, Baker? Junto al último cadáver, encontraste algo.

—Huellas... ¡Muy singulares! Eran de dos hombres, de distinta corpulencia, a juzgar por la presión en el polvo, pero iguales de tamaño y de perfiles. Todas planas, sin relieves... ¿Por qué no guantes de cirujano y calzado del que se usa en los quirófanos? Además, el forense indicó que algunas de las heridas de arma blanca fueron hechas con bisturí. ¡Tres datos muy significativos a añadir al sadismo en los asesinatos, la perfección en inutilizar las alarmas, el hecho de que fueran entidades bancarias las elegidas y algo más!

Nadie me pregunta. Por la expresión de los rostros sé que mis segundos se acaban. Les irrita el hecho de que haya llegado tan lejos... y eso que silencio algo que podría perjudicar a Violet, mi dulce gatita siamesa en permanente celo.

—Hasta los más avezados profesionales del crimen, hombres sin nervios, tienen unos segundos de inquietud, se mueven en la vigilancia, sufren de impaciencia.

Los testigos presenciales afirmaron sin excepciones vuestra absoluta sangre fría... Como estatuas... Algunos hablaron de ojos sin parpadeos... Pupilas muy brillantes... Datos precisos para una mente tan privilegiada como la mía. ¿No os parece?

Louis Bergier asiente:

—Esta vez no habrá bisturí, Peter. Utiliza una navaja vulgar... ¡Será más doloroso! Llévemole abajo.

¡Van a soltarme!

Poco podré contra cinco hombres a quienes la locura convierte en fieras, pero...

Thomas Riverton se sitúa a mi espalda. No me quita los grilletes de las muñecas y de los tobillos, sino únicamente lo que les une a las cadenas que me fijan a la pared.

—¡En pie! —me ordena.

Finjo estar entumecido, luchar por incorporarme, hasta que Kolosimo, cada vez más impaciente, viene a mí de cara y me coge de uno de los brazos, tirando hacia arriba, mientras exclama, despectivo:

—¡Flojo y cobarde! ¡Sudas de pánico!

Me incorporo, rápido, levanto la rodilla derecha con todas mis fuerzas. No me hago daño porque tropiezo con una zona blanda, el vientre de Peter.

Apenas dado el golpe, y mientras un espantoso alarido se alza en el aire, giro en redondo, los dos brazos sujetos por los grilletes y la cadena hacia delante. Uno las manos y las descargo en forma de maza sobre el cráneo de Thomas Riverton, procurando que las argollas metálicas tomen parte en el impacto.

El crujido es terrorífico, resuena a caja de huevos pisada por un elefante.

Un segundo grito de agonía se une al interminable de Kolosimo.

No pierdo tiempo en comprobar los efectos de los dos rapidísimos ataques. Es Jacques Pauwels mi nuevo objetivo, por su proximidad, y me tiro sobre él en plungeón, con toda la fuerza de que soy capaz, desesperadamente...

Mi cabeza choca contra su estómago.

Caemos los dos al suelo y con ambos puños, de la misma manera que hice con Riverton, me ensaño con el rostro de mi enemigo, que se cubre torpemente.

Sé que he llegado al final de las posibilidades que me brindaron. Pego frenéticamente a Pauwels hasta que...

Algo se abate sobre mi nuca y me invade una profunda debilidad.

Un segundo impacto me sume en el reino de los sueños...

CAPÍTULO VIII

Los fantasmas me envuelven con túnicas de transparencia. Todos ellos son rojos, color de sangre, y me asedian, girando en torno mío. De vez en vez, me cubren por completo y temo que voy a asfixiarme.

Estoy turbado.

Uno de los fantasmas me golpea en la nuca, produciéndome agudos dolores.

Algo me chorrea por la espalda, un líquido viscoso. ¿Es esto la muerte?

Como entre brumas, veo unos rostros demoníacos, que ríen a carcajadas. El sonido me estremece.

Rompo a sudar de pánico. Los fantasmas terminarán aniquilándome. Lo sé.

¿Y si me encontrara en la antesala del infierno?

Cierro los ojos con fuerza para evitar que mis enemigos me claven alfileres en las pupilas, tan agudos son los dolores que experimento ahora, y respiro hondo, sosegado, repitiéndome una y otra vez, en un alarde de franciscana humildad:

—Eres el mejor, Robert... Ni el propio Satanás se atrevería contigo... Serénate y hazte luego una ensalada de fantasmas...

Sumido en voluntarias tinieblas, advierto que van desapareciéndome las insoportables punzadas en la nuca y que los ojos dejan de ser perforados por los alfileres.

Recuerdo de pronto. Sí.

Di una cita al terror y el terror acudió puntualmente.

Sonríó al pensar en el inefable Peter Kolosimo. Ya no podrá acosar a las chicas en los parques públicos.

Creo que nunca más podrá enderezarse su barriguita, tan aplastadita y reventadita se la dejó.

¿Qué habrá sido de Thomas Riverton?

Le pegué a modo, pero...

Algo se me clava en los riñones, un impacto brutal. Oigo, como perdida en la distancia, una voz que me es odiosamente familiar:

—¡Vamos, deja de fingirte dormido!

Parpadeo con fuerza. Al fin, abro los ojos y...

Imaginaba haber agotado todos los horrores. No es así.

Estoy encadenado a una pared, en pie, como crucificado por la posición de mis brazos. Cada muñeca sujeta a un garfio. Lo mismo los tobillos. Sin más movilidad que unos centímetros hacia delante.

Lo que contemplo me espanta.

Colgada de una cuerda, balanceándose como un trágico muñeco, sin que sus pies toquen en el suelo, está Violet Dengali, la que fue mi gatita mimosa.

Fue.

Ahora está muerta. Ahorcada.

—Se asfixió muy despacito. Yo, personalmente, la sostuve para que no se le quebrara la nuca... No me gustan las muertes rápidas... La muy tonta se había enamorado de ti. ¿Otra prueba que callaste?

—Sí. Su condición de enfermera en el manicomio de la penitenciaría del estado de Nueva York.

—Adscrita a este anexo —completa Louis Bergier—. Cuando estaba a punto de ahogarse, la alzaba para que se recobrara... Una hora de diversión, hasta que me distraje y... ¡crak!

Imprime un movimiento de péndulo al cadáver. Oigo a Irving Shaw:

—Tic... tac...; tic... tac...

Voy a cerrar de nuevo los ojos, incapaz de soportar tan macabra visión, pero no lo hago.

Al fondo veo un bulto en el suelo, muy quieto.

—¡Riverton! —exclamo—. ¿Me lo cargué?

—Le hundiste el cerebro... Uno menos a repartir —es la cordial respuesta—. Ya no nos sirve. Dejó preparados los nuevos atracos. Después, nos estaremos quietecitos aquí, una temporada, unos meses, antes de fugarnos.

—¿Y Kolosimo? Le hice una bella caricia.

Giro la mirada. Completamente a mi izquierda, hay otro bulto, también inmóvil.

—¿Le despené? —inquiero.

—Le late todavía el corazón... No creo que sobreviva. Le hiciste una carnicería espantosa.

—Otro menos, Bergier... Debieras agradecermelo.

—¡Y te lo agradeceré! ¡No lo dudes!

Las amenazas ya ni me perturban. Sé lo que me espera. Me consuela la idea de haberse llevado a dos por delante.

¿Dos? Sí. Dos.

Se me acerca Jacques Pauwels, maltrecho, pero en pie. Tiene unas terribles magulladuras en el rostro. ¡Lástima que lograra cubrirse con los antebrazos!

Se me aproxima más y me lanza un salivazo al rostro. ¡Maldito marrano!

No digo ni pío. Cualquier palabra que pronuncie puede precipitar lo inevitable. ¡Y los segundos me serán preciosos!

Me esfuerzo en convencerme de ello. ¿Qué habrá fallado?

Es peligroso salir de dudas. Sin embargo...

—¿Creéis que me metí en la boca del lobo, como un corderito, sin guardarme una baza para mí?

—Dos bazas —me responde Pauwels— y te las encontramos. Nadie te seguía. Irving Shaw y yo nos quedamos muy rezagados, en otro vehículo para comprobarlo. Los vibradores están deshechos.

—¿Qué coche utilizasteis?

—Una ambulancia oficial. Nada tan seguro como eso.

—Veo que tenéis muchos cómplices.

—Un par de enfermeros... Uno es antiguo presidiario... Ellos callarán, por la cuenta que les tiene.

—¿Y contactos con los Bancos?

—Violet se encargó de establecerlos... Poseemos las informaciones de los próximos atracos. Después, ya te lo he dicho.

¡Es una pena que no tuviera a mi alcance a Jacques Pauwels, en vez de a Kolosimo o Riverton! El ingeniero les es imprescindible.

—¿No teméis que esos enfermeros se vayan de la lengua?

—No. Cobran mil dólares al mes por ayudarnos... y les hemos prometido veinticinco mil a cada uno, el día que nos larguemos... Sólo prometido, se entiende. Cuando llegue la hora... —Mira a Violet, que continúa balanceándose—. Bueno... Con ellos seremos más piadosos... ¡No hay que dejar testigos, Baker! ¡Ninguno!

—Comprendo... ¡Muy listos! ¿Y este sótano?

—Se llega a él por esa escalera —me muestra una de madera que enlaza con una trampilla en el techo— a través del armario que viste en el cuarto de arriba... Es una vieja bodega, cuya entrada normal tapiamos...

—Todo previsto —comento, a mi pesar, pero con el íntimo gozo de saber que aún tengo un naípe, un as, para ligar repóquer. ¡Y ellos no lo saben! Jacques Pauwels no hubiera resistido la tentación de gritármelo en la cara.

—Muchos cadáveres para enterrar. Riverton, Violet, quizá Kolosimo...

—Y tú. No te olvides.

—No. No me olvido.

Debo tener sangre en la lengua. ¿Qué ocurre?

—¿Empezamos, Louis?

Es Irving Shaw el que ha hecho la pregunta. Ese gusano tiene una vieja cadena de moto en la diestra y la balancea delante de mis ojos.

—Sí. Faltan todavía cuatro horas para que amanezca. Le dejaremos aquí, hecho una piltrafa, vivo. A la noche siguiente, continuaremos. ¡Kolosimo hubiera disfrutado mucho encargándose de él!

—Tal vez pueda hacerlo, Louis.

En efecto. Peter se revuelve en su rincón. Gime, con las manos en el bajo vientre.

Sus cómplices se le acercan.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunta Bergier.

—¡Llamad a un médico! ¡Me muero!

—Te hicimos una cura de urgencia... Luego, te verá un enfermero... Vamos a inyectarte.

Se me ocurre una idea.

—Una inyección de aire en la sangre, Peter. ¡Acabarán contigo! Ahora me doy cuenta de que necesitan escapar esta misma noche, mañana, como muy tarde.

Irving Shaw se me aproxima. El golpe de cadena ha debido partirme las espinillas.

—¡Calla! —me ordena.

Reprimo a duras penas un alarido y trémulo por el espantoso dolor, continúo:

—No me dejan que hable, Peter, para que no te enteres de la verdad de sus intenciones. ¡Acabarán contigo! Por muchos cómplices que tengáis, hay algo que se llama el recuento periódico. Thomas Riverton ha muerto. Es imposible justificar su ausencia. Si dicen que escapó, se investigará a fondo y se descubrirá este tinglado —señalo la escalera con un gesto de cabeza—, y si aparece muerto, sucederá lo mismo... ¡Repartir el botín y largarse! Es la única solución. ¡Y los moribundos como tú, estorban!

Indudablemente, he tenido miedo. Me faltaban argumentos para ganar tiempo y acabo de encontrarlos. No habrá más atracos.

Advierto que Irving Shaw, Jacques Pauwels y Louis Bergier se miran y comprendo que, en su locura, con la idea fija de los robos y los crímenes, no habían pensado en lo que digo.

Tampoco yo, hasta ahora. Lo comprendo. También estoy loco de terror.

—No lo habíamos previsto, Louis —comenta Pauwels—. Robert Baker está en lo cierto. Podemos ganar un día o dos, pero...

Suspiro con alivio. Mi sacrificio no será en vano.

Maté a Riverton, en defensa propia. Provoqué la muerte de Peter Kolosimo y saqué a los demás de una madriguera que les garantizaba absoluta impunidad.

Una vez en la calle, no será difícil localizarles.

El hecho que les he presentado les deja confusos, por unos minutos. Bergier es el primero en reaccionar.

—Hoy es miércoles —dice—. Hasta el sábado no se produce el recuento y la visita médica. Mañana mismo nos largaremos... después de que hayas muerto, muy despacito, Baker...

—¿También vais a cargaros muy despacito a Kolosimo?

—Esperaremos a mañana. Si está en condiciones de acompañarnos, le llevaremos. En caso contrario...

Peter, que se recobra con rapidez, merced al intenso dolor, comprende lo que va a ocurrirle, y grita:

—¡Lo planeamos todo juntos! ¡No podéis acabar conmigo!

—Pueden y lo harán —insisto—. Será como si te hubiera liquidado yo.

Otro golpe con la cadena me hace retorcerme. Pauwels se encara con Irving Shaw.

—Tan fuerte, no, o terminarás con él en irnos minutos... Con la

técnica de Peter. Golpes templados, seguidos. Yo te relevaré cuando te canse. Si no puedes controlarte, déjame a mí.

Acerca su diestra a la cadena, pero Irving hurta el brazo.

—Habrá tiempo para todo.

Me esfuerzo, en vano, en romper las cortas cadenas que me sujetan a la pared.

Al cuarto golpe, la espalda de Shaw tropieza con Violet, que empieza a balancearse de nuevo ante mis ojos.

Tic... tac...; tic... tac...; tic... tac...

Un reloj cadáver, que marca cada impacto de la cadena en mis piernas.

El dolor empieza a ser espantoso.

Me muerdo los labios y noto chorrear la sangre.

¿Conseguiré reprimir los gritos?

Tic... tac...; tic... tac...

Me siento como una fruta macerada. Sé que dentro de unos minutos, empezaré a aullar, incapaz de dominarme... Quizá ya tenga algunas fracturas.

El pantalón se me pega a la carne. ¿Saltaron los primeros trozos?

Es posible que me hayan convertido en un inválido, si por un milagro consiguiera salvarme.

¡Maldigo a Vincent Lubbock y a toda su generación de gorilas...!

Tic... tac...; tic... tac...

El balanceo de Violet, ahorcada, sigue el ritmo de los cadenasos que recibo...

—¡Esperad...! ¡Debo decirles algo!

Voy a agotar mi última posibilidad.

Irving me mira, se me ríe, y prosigue, como un autómatas, la tortura.

Louis Bergier le pone una mano en el hombro.

—Descansa... Conviene escucharle... y no agotarlo demasiado pronto... La diversión ha de ser larga, muy larga... Una vez que se recupere, que la sangre vuelva a circularle normalmente, los dolores serán mayores. ¿No es así, Baker?

Asiento con una inclinación de cabeza y con un gruñido.

Tengo la lengua estropajosa y me digo que no voy a ser capaz de hablar. ¡Y es necesario que lo haga!

Me esfuerzo y consigo mi propósito:

—¿Previnisteis que... yo... intervendría? —Cada palabra me produce un escalofrío, el del miedo a no poder articularla.

—El atraco a Bancos es delito federal... Tú seguías en la plantilla de Nueva York... ¡Y eres el mejor...! Eras —corrige, con una mirada diabólica—. Por eso te pusimos a Violet junto a ti.

—¿Para... que... os informara?

—Queríamos saber lo que pensabas... y cazarte en su momento. Nos facilitaste el trabajo, pasándote de listo...

Irving, sediento de sangre, de la mía, levanta de nuevo el brazo. Bergier vuelve a ordenarle que aguarde y me pregunta:

—¿Algo más?

—Sí... ¿Por qué registrasteis mi apartamento?

—Fue una torpeza de Peter Kolosimo... Se puso como loco y empezó a destrozarlo todo, asegurando que habías conseguido pruebas contra nosotros... Te temía...

—Y con... razón... ¡Soy... formidable...! ¡Único...!

—Eras Baker, te lo repito. ¡Ya no cuentas!

—Veremos... Mientras respire, vivo... —Me estoy reponiendo—. Los rehenes, las torturas, los mensajes... ¿Obra de locos...? —No les dejo que me respondan—. ¡Obra de locos, sí! ¡Estáis perdidos...! ¡De nada os servirán ese millón y medio de dólares que robasteis...! Os cazarán en la primera esquina, apenas salgáis... Vuestras fichas las tienen mis compañeros...

—¡Mientes! —exclama, descompuesto Bergier.

—No. Estuve en la delegación del FBI después de despistar al coche que me seguía. ¿Quién iba dentro? —Es Irving el que levanta la cabeza—. ¿Tú?

—Sí. Yo y Riverton. Tuvimos mala suerte...

—No valéis para nada... —Les provocho deliberadamente. Cada provocación, es un segundo que gano.

¿Tiempo?

¿Para qué?

Sé el sistema para que me maten en el acto, para hacerles huir... Pero...

Confío en un milagro. Si no se produce, entonces...

Lo haré en el último segundo, cuando ya no sea capaz de resistir más.

Si revelo mi secreto, será como suicidarme. Cualquier persona

sensata lo haría.

Yo, no.

Bergier reflexiona unos segundos. Advierte a Irving:

—Pretende provocarnos, asustarnos... Sabe lo que le aguarda y quiere que le matemos rápidamente, no sufrir. ¡No le daremos ese gusto!

—Puede ser verdad lo que ha dicho —aventura Jacques Pauwels.

—Es posible. En ese caso, aquí estamos seguros...

—Hasta el recuento del sábado —les recuerdo.

Los tres se miran.

—Mañana y pasado, por lo menos —decide Bergier por los tres.

—No será así. A lo sumo, esta noche. Apenas amanezca y mis camaradas no logren dar conmigo... —Tomo aliento y elijo bien mis palabras— se pondrán en contacto con el manicomio de la penitenciaría... El alcaide negará la evidencia que yo conozco y ellos sospechan y para demostrarle a mi jefe que también debe recibir una camisa de fuerza, vendrá a buscaros, a ofrecer la evidencia... Sólo tenéis esta noche...

Dosifico mis argumentos, mis amenazas.

—¡Unas horas nos bastan para darte tu merecido!

—No os conviene salir a pleno día, con la policía alertada... — ¿Por qué me habrá hecho Dios tan genial?—. Además, esas ropas negras con las que jugasteis al principio a los fantasmas, me demuestran que la salida es posible, pero no fácil. Que os ponéis esos capuchones para confundiros con las sombras. Una vez en la puerta de la tapia que enlaza este edificio con el exterior, dejáis los ropajes para volver a usarlos al regreso... De día, os verán desde cualquier ventana o puesto de vigilancia.

—¡Lo sabe todo, Louis! —exclama Shaw, asombrado.

—De poco va a servirle... a no ser para acortarle la agonía... Sigue, Irving, más fuerte. Disponemos de dos horas para dedicárselas a este genio. Luego, antes de que amanezca, huiremos. ¡Tiene razón en todo lo que dice!

—¡Yo no estoy loco! ¡Vosotros, sí! No colaboro, hago mi juego. Es bueno que sigáis escuchándome.

Bergier niega:

—No. ¡Ya no más palabras! ¡Acaba con él, Irving, pero en dos

horas! ¡Ni un minuto menos!

El trallazo me sorprende y me retuerzo.

Y de nuevo, con mayor fuerza...

Tic... tac...; tic... tac...

Aguantó, con la boca cubierta de sangre de la herida que me produzco voluntariamente de mis labios mordidos salvajemente para no gritar.

El cuerpo de Violet sigue balanceándose ante mí, como una pesadilla.

Tic... tac...; tic... tac...

¡No puedo resistir más!

Voy a confiarles mi último secreto, a obligarles a que me maten, pero los labios se niegan a articular palabra.

Sé que necesito serenarme, recuperar fuerzas, poderles gritar lo último que reservaba para no enloquecer. Puse dos vibradores para que los encontraran. El tercero lo oculta una muela falsa, a la que presiono una y otra vez con la lengua.

Quiero pensar en otra cosa.

No lo consigo.

Respiro profundo, me digo que no hay dolor que un hombre-hombre, no sea capaz de soportar y...

Tic... tac...; tic... tac...

Millones de ideas me cruzan el cerebro. Me esfuerzo en vencer el dolor, en conseguir la voz que detenga la tortura, que les haga matarme de un golpe y escapar rápidamente, pero...

Las sombras empiezan a envolverme. Si me desmayo, estaré perdido.

Tic... tac...; tic... tac...

Violet continúa en su danza macabra, el reloj de la muerte y de mi desesperación...

Jacques Pauwels sustituye a Irving, que suda.

Pega más fuerte...

Tic... tac... tic...

El suelo se alza hasta mí.

¡Estoy perdido!

CAPÍTULO IX

No comprendo lo ocurrido.

Acabo de abrir los ojos, envuelto en semipenumbra.

No tengo dolores. El ambiente es agradable. El cadáver de Violet, no se balancea ante mis ojos.

Muevo los brazos y me miro las muñecas. Veo huellas de grilletes, la piel enrojecida, pero no hay cadenas.

¿Habré muerto y será ésta la enfermería del Paraíso?

Me río del disparate y rectifico en el acto, al ver unos rostros a los pies de la cama.

No. No es el Paraíso.

Allí no me encontraría al gorila de mi jefe, al macaco de Trintignant...

A Jimmy Petermann, es posible que sí.

Comprendo.

Quiero decirles algo, pero tengo miedo de no poder hablar. Lo consigo fácilmente, no sin asombro:

—Os disteis prisa, muchachos... ¡Rápidos como rayos, comisario! ¡Te darán la Medalla del Congreso, por cuidar de tus hombres!

Contra lo que esperaba, no se irrita. Responde, serena la voz, y en sus palabras hay profundo pesar:

—No fue fácil, Robert. Recibimos todas las señales que nos transmitías presionando la lengua contra la muela falsa, pero hubo que despertar al alcaide, sacarle de la cama, convencerle de que no estábamos locos y llevarle al anejo del manicomio de la penitenciaría... Tardamos también en descubrir el truco del armario... Por cierto, en su interior, encontramos intacto el millón y medio de dólares robado.

—¿Y ellos?

—Tuvimos que matar a Thomas Riverton, que se lanzó sobre el

alcaide con la gruesa cadena y a Irving Shaw, que sacó un afilado bisturí.

—¿Y Bergier? Era el jefe.

—Entre Jimmy y Hodgkin, lograron reducirle. No fue fácil.

—Le ahorcarán, supongo.

—No, Robert. Pasará el resto de sus días en una celda, incomunicado. ¡Es un loco y nosotros no somos asesinos! ¡La ley es la ley! ¿Lo olvidaste? —Inclino la cabeza, avergonzado de mis ansias homicidas. Lubbok comprende y suaviza el tono—: En el armario hallamos también una relación con los hombres a los que fue engatusando Violet para que le contaran cómo funcionaban los Bancos en los que trabajaban... ¡Pobres infelices, pero sufrirán su castigo! Los enfermeros serán procesados como cómplices. ¡Asunto resuelto, Baker! ¡Y gracias a ti! ¡He informado a Washington para que conste en tu hoja de servicios como mérito tuyo, exclusivamente!

Me hundo, de pronto, en el pesimismo:

—¿Me darán de premio un par de muletas para toda la vida?

—No será necesario —se apresura a responder mi jefe—. El peligro era el coma y saliste de él. No hubo fracturas, aunque sí terribles heridas, que empezaron a cicatrizar ya.

—No tengo dolores...

—Estás lleno de calmantes... Además, el coma te duró —no sabe si decírmelo, pero se decide— catorce días. El médico dudaba de que te recobraras...

—¡No hay quién pueda conmigo, jefe! ¡Soy el mejor...! ¿No será una mentira piadosa, eso de que no necesitaré muletas?

—Eres el mejor, ¿no? ¡Te recuperarás totalmente! ¡Te doy mi palabra!

Suspiro con alivio.

—¿Estaré mucho tiempo aquí?

—Un par de meses... quizá tres...

Empiezo a maldecir, pero me callo, de pronto. La puerta acaba de abrirse para dar paso a una enfermera que...

¿Recuerdan ustedes todas las maravillas del mundo, los monumentos nacionales unidos, él no va más en féminas?

Pues así es mi enfermera, vivita y en más. Sabe moverse, sonreír y me acaricia la nuca al arreglarme la almohada.

—Me sacrificaré estos meses, jefe. ¿Vas a hacérmelos más llevaderos, preciosidad?

La preciosidad me sonrío de forma muy expresiva, que conozco y...

¡Soy otro hombre!

¡Casi feliz, después de mi cita con el horror!

FIN

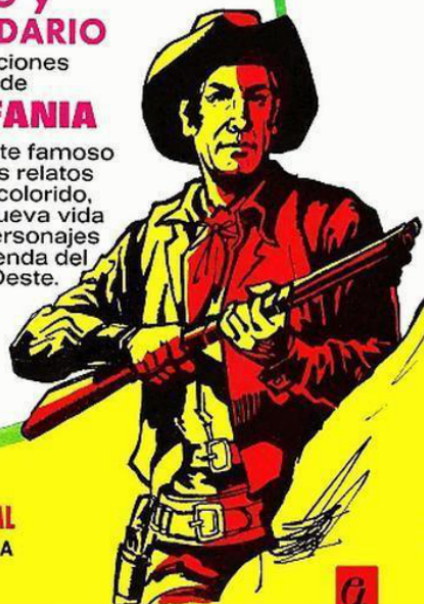
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

